El Informe Tókarev

Salvatore Puledda

A Silo

PROLOGO

El Informe Tókarev fue publicado en 1981. Cuando llego a mis manos lo leí de una sentada. Me pareció una obra simpática, absurda y muy original. Creo que entonces la ubique en el genero novelesco de política-ficción. Posteriormente, me encontré con algunos conocidos que habían hojeado el libro y, al intercambiar puntos de vista, comprobé una gran disparidad de opiniones. De esta suerte el Informe quedó archivado, por lo menos para mí, hasta una mejor ocasión.

En Diciembre de 1982 visite a Puledda en el Instituto della Sanita, en Roma. Allí estaba entre cápsulas de Petri y aparatos medidores de contaminación ambiental. Como de costumbre tomamos bastante café mientras revisamos el escenario político mundial y el estado de las ciencias y la tecnología. Yo sabia que mi interlocutor estaba preocupado por el armamentismo creciente y por las derivaciones de la investigación genética. Esto último, casi lo obsesionaba. Había quedado muy impactado por el tema desde su paso por la Universidad de California, en la que trabajara un tiempo dedicado al estudio y experimentación en ese campo. La conversación derivó hacia su libro. Me contó que tenía la intención de publicarlo en varios idiomas y llevarlo al cine, pero que los arreglos en Hollywood no habían prosperado porque el protagonista era soviético en lugar de norteamericano. Contrariamente, pensé que la obra no había sido fácil de digerir a causa de su extravagancia y lejanía respecto a la sensibilidad de la época; que el gasto de producción hubiera sido un despropósito dada la cantidad de lugares remotos en los que se desarrollaba la acción y que Cinecittá, estando más a mano, hubo de ser sigilosamente explorada pero con resultados negativos. Finalmente, me decidí a preguntarle por su última intención al escribir el Informe Tókarev. *-Es una obra pacifista y cada uno hace campaña a su manera,* -me respondió secamente. A partir de ese momento, derivamos hacia otros asuntos.

Dos años después, al encontrarnos nuevamente, volvimos a tocar el tema del libro y consideramos la escasa resonancia que había logrado. Para entonces mi amigo estaba mas calmo, ya no se inquietaba por difundir su novela. Después de todo, el no tenía experiencia previa en el campo literario y, seguramente, había padecido el sarampión del escritor primerizo que considera con desmesura la importancia de su obra. El Informe había sido trazado por una pluma brillante, pero más ejercitada en la comunicación científica que en los desvaríos de la imaginación. Entonces di por supuesto que el autor había llegado a conclusiones parecidas a las mías, abandonando el proyecto de ser un literato reconocido. La conversación siguió y, de pronto, Puledda rozó un punto que me llamó la atención. Según él, la trama de lo que luego se convertiría en el «Informe» había sido desarrollada una noche de 1978 por un amigo común. Al parecer, varios de los presentes en aquella velada, habían quedado convencidos de que el cuento podía convertirse en una historia verdadera ya que muchos de los hechos pronosticados en la conversación (el cambio en el poder soviético hacia el '85; el futuro giro explosivo en la U.R.S.S.; las conmociones de etnias y nacionalidades, la convulsión del Este; el avance del fundamentalismo musulmán, etc.), estaban realmente por acaecer. De inmediato algunos de los concurrentes se habían confabulado para producir un «informe de anticipación». Pensaban que, si no estaban equivocadas las predicciones y hacían llegar una especie de memorándum a manos de ciertos círculos soviéticos por medio de las embajadas, podían contribuir a torcer algunos acontecimientos fatales. Les parecía que el desastre nuclear era inminente no tanto porque alguna de las dirigencias de los bloques Este-Oeste se decidiera a tomar la iniciativa, sino por la simple acción de factores mecánicos acumulativos. Así, sostenían que la curva estadística de alarmas rojas se iría incrementando hasta llegar a un momento exponencial. Todo había empezado con falsas detecciones de misiles enemigos en las pantallas de radar de las superpotencias. Al principio las alertas ocurrieron una vez por año, pero más adelante los errores se verificaron cada seis meses, cada cuatro, cada tres, etc. Además, era creciente el «ruido» en la información que agregaba la proliferación de satélites y submarinos nucleares. De ese modo se llegaría a una situación de crisis en que el sistema de ataque se convertiría en ingobernable, y ello podía ocurrir hacia 1985. Por otra parte, habían verificado que la economía del Este mostraba una tendencia a la declinación agravada por la carrera armamentista y que eso llevaría, suponiendo que se eludiera el accidente nuclear, a decidir una salida que presentaba

dos alternativas: o se exportaba el caos, o se tomaba la iniciativa del desarme. El eslabón más débil resultaba la Unión Soviética y solamente ella podía provocar un cambio en la cadena de los acontecimientos.

Interrumpí el relato de Puledda preguntándole si no pensaron, aquella noche de la confabulación, en que tales posibilidades habían sido antes consideradas por los soviéticos... Ya comenzaba a fastidiarme el infantilismo de todo el planteamiento porque el tema del accidente nuclear era comenta do hasta por la revista *Times*, y la crisis en la economía socialista era un secreto a voces. Me pareció que un problema tan complejo estaba fuera del alcance de unos improvisados de sobremesa. Y luego, aquello de hacer llegar un memorándum a las embajadas para que el Kremlin se «enterara» de obviedades y tomara medidas, tenia todo el sabor de una broma gastada al científico que suele salir a la calle olvidando los pantalones en su casa. Si, era evidente que unos intelectuales festivos (tal vez animados por los licores de alguna celebración), habían sugestionado al impresionable Puledda.

-Es claro que todo el mundo conoce la cuestión del accidente y las dificultades económicas de la U.R.S.S., -dijo Puledda- pero lo que nadie parece advertir es que toda la civilización está enloqueciendo.

-Si se refiere a que el crecimiento del armamentismo está motivado por la locura puedo estar de acuerdo en términos generales, pero en lo particular me parece que responde a los intereses del complejo militar-industrial de las grandes potencias, -respondí.

Mi amigo me miró de soslayo y luego, en voz muy calma, me descerrajó toda una teoría que se refería a los grandes contextos de la locura de la civilización. Una patología que parecía avanzar desde el fondo de la historia, que se manifestaba en las grandes tensiones de los intereses económicos, que se desataba en las guerras, los genocidios y las persecuciones colectivas, y que aparentaba desaparecer luego de grandes sangrías. Esa locura, explicó, estaba en su cima y había suficiente potencial acumulado para una explosión definitiva. Naturalmente, tal descripción me pareció insuficiente. Por lo demás, ¿qué tenía que ver todo eso con el Informe?

-Bien, lo que mis amigos han hecho llegar a las embajadas es una gran cantidad de información que se refiere a la sintomatología de esa pandemia, con el fin de motivar la investigación de los académicos disidentes. Esos señores tienen una gran influencia en la toma de decisión política y consideramos posible que de su círculo emerjan los representantes de un nuevo tipo de pensamiento capaz de dar respuesta a emergencias tan graves y tan originales. En cuanto a los procedimientos usados diré que si varias copias del memorándum puesto a circular a fines de 1980 fueron arrojadas al cesto, siempre quedó la posibilidad de que se conservara algún ejemplar en manos de los coleccionistas de curiosidades. Debo agregar que esos escritos comenzaron su tímida penetración por las delegaciones diplomáticas pero luego fueron repartidos en grandes cantidades haciéndolos llegar a Moscú a través de las vías más insólitas. Como Ud. comprende, la idea era que si los acontecimientos anunciados comenzaban a cumplirse con una cierta aproximación podía suceder que a alguien le picara la curiosidad. ¿Qué se hubiera perdido en el caso de que nada de eso ocurriera? Nada más que un poco de papel y un esfuerzo deportivo. En cuanto al Informe Tókarev, se inspiró en los temas del memorándum enviado pero siguiendo un tratamiento propio de la obra de ficción. Yo quise que a través del libro se abriera una puerta más a la difusión del documento.

Creo que luego se refirió a las futuras explosiones en el Este y al viraje inminente de la U.R.S.S. que de ese modo lograría disipar el conflicto nuclear. También habló de la futura reacomodación política que afectaría a Europa y al resto del mundo como consecuencia del terremoto soviético... Me sentí desolado al escuchar semejantes profecías por boca de alguien formado en los patrones de las ciencias físico-matemáticas. No pregunté más y allí quedó la anécdota perdida en un triste otoño de 1984.

El 7 de Enero de 1989, asistí a un homenaje a Galileo en la Piazza di Santa Croce, en Firenze. El orador principal era Puledda. Antes de comenzar me abrazó y, en voz baja, repitió las palabras que había dicho en su laboratorio siete años atrás:

«... cada uno hace campaña a su manera». De inmediato extrajo unos papeles y comenzó a disertar ante los micrófonos.

«Yo, Galileo Galilei, catedrático de matemáticas de la Universidad de Firenze, públicamente abjuro de mi doctrina que dice que el Sol es el centro del universo y no se mueve, y que la Tierra no es el centro del universo y sí se mueve. Con corazón sincero y no fingida fe, abjuro, maldigo y detesto los errores y herejías antes mencionados, y cualquier otro error, herejía o secta contrarios a la Santa Iglesia... Este es el texto de la abjuración arrancada a Galileo, bajo amenaza de tortura, el 22 de Junio de 1633 por el Tribunal de la Inquisición. Galileo abjuró para no sufrir la suerte de Giordano Bruno, quien fue conducido a la hoguera con un madero dentro de su boca, para que no hablase, y quemado en el Campo dei Fiori en Roma, un día de invierno del año 1600...»

Cuando Puledda mencionó la mordaza de Bruno lo note tan conmovido que pensé si acaso él mismo se sentía oprimido como para no poder explicar completamente su verdad. Pero más adelante dijo:

«... los poderosos de la Tierra, comprendieron rápidamente que la Nueva Ciencia podía ser utilizada para alimentar su avidez. Así han producido “una progenie de gnomos con inventiva” (como los llamo Bertold Brecht), dispuesta a vender su ciencia para cualquier finalidad y a cualquier precio, cubriendo la Tierra con máquinas de muerte».

Luego de media hora, concluyó:

«...pedimos aquí, frente al edificio que guarda la tumba de Galileo, pedimos a todos los científicos del mundo que, finalmente, la ciencia se utilice para beneficio de la humanidad. Con la voz que hoy resuena en esta plaza lanzamos este llamado: que en todas las universidades, en todos los institutos de investigación se instituya un juramento, un voto solemne (análogo al de los médicos, creado por Hipócrates en los albores de Occidente) con el fin de utilizar la ciencia solo y exclusivamente para vencer el dolor y el sufrimiento, solo y exclusivamente para humanizar la Tierra».

Fue una intervención conmovedora. Hubo aplausos, flores y flashes. Mucha gente se acercó a Puledda para felicitarlo. Entre tanto, vi como desde la multitud se aproximaban dos hombres que, finalmente, se presentaron al disertante y lo saludaron con afecto. Entonces comprendí que la Perestroika estaba entre nosotros. Luego supe que el memorándum había sido descartado por los burócratas de Brezhnev pero que a cambio logró llegar a las mejores manos, las manos de gente que trataba con desesperación de modificar el rumbo de los acontecimientos mundiales.

Hoy en 1994, el libro de Puledda vuelve a tomar impulso y sospecho que será recibido en una atmósfera epocal distinta a la que campeaba en el momento en que fue escrito. Por mi parte, no podría decidir si la historia publicada en 1981 ha tenido alguna confirmación en los hechos extraordinarios ocurridos en la década de los '80. En todo caso, debo admitirlo, esta novela me impresiona ahora mucho más que cuando la leí por primera era vez. Tal vez por esto y por los comentarios que hice públicos recientemente, se me haya pedido que la prologara para esta nueva edición. Yo he querido hacerlo comentando algunas circunstancias que explican más la personalidad del autor que al libro en sí. El lector sabrá comprender por qué he usado este recurso y, en definitiva, juzgará la obra por cuenta propia.

J. Valinsky
15/02/1994

Y me acordaré del pacto que hay entre mí y vosotros y todo ser viviente; y no habrá más diluvio para destruir todo .

Estará el *arco en las nubes, y lo veré, y me acordaré del pacto perpetuo con todo ser viviente que hay sobre la Tierra.*

Dijo, pues a Noé: Esta es la señal del pacto que he establecido entre mí y todo ser viviente que está sobre la Tierra.

Génesis 9,15-17

Diciembre 19 - 1978

Estaba sentada frente a la mesa de acrílico transparente, apoyando las dos manos sobre una carpeta oscura. Impresionaba su extrema delgadez y ese pelo negro azabache que cubría una parte de su rostro. Mantenía los párpados cerrados, pero estos vibraban nerviosamente.

-Señora Tolmacheva -dijo un hombre grueso mientras acomodaba sus mostachos, hundido blandamente en el sofá -, señora Tolmacheva, trate de ver la escena que inspiró la redacción de ese memorándum.

-Es una pirámide, o un cristal. Un prisma tal vez. Tiene luz en su interior -pasó un tiempo en silencio y luego agregó sonambúlicamente -: lanzan un cohete contra la pirámide. El cohete entra y desaparece... el cohete sale ahora retrocediendo. No sé... no sé. Puede ser un rayo de luz. Si, entra un rayo y la pirámide se ilumina con los colores del arco iris...

-¿Que tamaño tiene la pirámide? -interrogó otro hombre, parado atrás del mostachudo Nietzsky.

-No sé... no sé... puede ser pequeña. Tal vez no sea más grande que un cristal, un rubí.

El hombre que estaba de pie se acercó a Nietzsky y susurro en su oído: -O esta describiendo el ensayo de Newton sobre la descomposición de la luz, o está hablando de un aparato del tipo láser. La acción de retroceso, podría ser el movimiento inverso de las aspas por acción de la luz, en el radiómetro de Crookes.

-Trato de meterme en el cristal. Hay una luz muy fuerte, no es como todas las luces... es distinta. Oigo una voz que dice: «No debes entrar» -siguió describiendo la Tolmacheva. Luego, separó sus manos de la carpeta y tapo su rostro -. Me veo a mi misma, cuando era niña... Me veo a mi misma. La luz me expulsa del centro de la pirámide. Retrocedo, retrocedo y voy saliendo hacia atrás a gran velocidad.

-No se deje expulsar, entre nuevamente. Cuéntenos que hay -dijo el hombre en pie.

-Estoy avanzando otra vez. «No debes entrar», me dicen. Me veo a mi misma. ¡Oh! -exclamo la mujer y entre sollozos continuó: - Estoy loca. He perdido el juicio. Me expulsan...

La Tolmacheva se había levantado y temblaba de pies a cabeza como si una visión de horror la hubiera atrapado. Entonces, los dos hombres se acercaron a reconfortarla.

Venga, señora -dijo Nietzsky solicito - en la sala contigua, están listos para atenderla. Gracias, muchas gracias, señora Tolmacheva.

Tomándola con suavidad, el hombre la encaminó hasta una puerta que se abrió en ese momento dejando ver a otra mujer que se hizo cargo de la vidente. Luego, la puerta se cerró.

-Es siempre la misma historia. Cien veces hemos hecho la prueba con el mismo resultado -dijo Nietzsky, volviendo al sofá -. Esta vez, lo trajimos a usted para que dictaminara de acuerdo a su especialidad. Le recuerdo que en las sesiones anteriores tuvimos otros expertos que dieron su interpretación, cada cual más disparatada. ¿Bueno, que opina?

El interlocutor estaba ocupando la silla que abandono la Tolmachevay desde allí, explicó en tono petulante:

-Yo creo que se trata de un sistema láser. Descartemos la fantasía de un cuerpo kilométrico y de cohetes que entran y salen.

-Eso de que son «fantasías», no es problema suyo. Para hablar de ello tenemos a otros expertos. Usted interprete desde el punto de vista de la Física -Nietzsky reflexionó un instante y luego agrego -. Excúseme. Es que en el memorándum se habla de un sistema para desactivar misiles y le aseguro que la Tolmacheva nunca leyó el texto. Siempre se limitó a tocar las tapas de la carpeta. Le ruego que me participe su opinión.

-Bien -dijo el físico -, Todo lo que escuche de ella, me hizo recordar las experiencias de Basov.

-Premio Lenin y Nóbel de Física, ¿no es así? -interrumpió Nietzsky.

-En efecto. Junto a Zubariev, Efinkov y Grasink, logró en mil novecientos sesenta y siete, acelerar la velocidad de la luz a mas de dos millones de kilómetros por segundo. Con ello rompió la teoría einsteniana de -la velocidad límite. Las experiencias fueron realizadas en el laboratorio de radiofísica cuántica del Instituto Físico Lebedev de la Academia de Ciencias de la URSS. ¿Qué le parece?

-Me parece muy bien -repuso Nietzsky con impaciencia.

-Basov lanzo un rayo superlumínico sobre rubíes en serie previamente cargados y así aceleró la velocidad de la luz nueve veces. Cuando su discípula...

-¡No es mi discípula! -interrumpió el otro con fastidio, para agregar -: Es una persona de experimentación notablemente dotada en los trabajos paranormales. Todavía no hay conciencia de nuestras investigaciones en la U.R.S.S.

-Bien, bien -siguió el físico-. Cuando la señora contó que era lanzada con un rayo al interior del cristal y allí se vio en una etapa infantil de su vida, es posible que haya descrito una experiencia similar a la de Basov, en la que aquel estuvo trabajando con el tiempo. Podría tratarse de experiencias de avance o retroceso en el tiempo, apoyadas en la aceleración de la luz. Por ello, la imagen de un cuerpo kilométrico que se contrae, o a la inversa, creo que es una fantasía pero que refleja el hecho de la modificación del espacio en función de la velocidad.

-En resumen: ¿que interpreta usted?

-Interpreto que su... digamos, «sujeto», ha captado una experiencia mediante la cual se podría efectuar algún desvío en el tiempo. Eso, por supuesto, siempre que la señora Tolmacheva no se equivoque. Y, si esta en lo cierto, lo siento mucho por ella.

-¿Por que? -demando Nietzsky.

-Porque -concluyo el físico -al entrar nuevamente en el cristal dijo que había enloquecido y eso, tal vez, se refiera a su propio futuro.

Diciembre 20 - 1978

Yuri V. Tókarev - Doc.Soc.140.392.388 - Domiciliado Dyietigara M 6/25 U. Moscú - Nacido julio 7; 1940 Novgorod - 1,85 mts. 78 kgs. Tez blanca. Pelo cobrizo. Ojos azules. Ninguna señal visible - Trabajador intelectual. Investigador social. Profesor religiones comparadas. U. Moscú - Casado. Dos hijos -Prepare recepción y acompañante calificado gira interior ese país. Stop.

Mayo 12 - 1979

Repitió suavemente la llamada y esta vez, alguien lo invitó a entrar. Empujo la pesada hoja, cerrándola tras de sí. En esa habitación de estilo afrancesado San Petersburgo, se centraba una gran mesa. Tal vez, diez personas sentadas hacían semicírculo enfrentándolo con curiosidad.

Pasaron unos segundos, antes de que alguien dijera:

-¡Acérquese...! Acompáñenos.

Camino interminablemente forzando una sonrisa de saludo. Luego, ocupo la única silla vacía. El silencio se hizo cortante. Carraspeo. Entonces, el mas anciano del conjunto, explico afablemente:

-El camarada Yuri V. Tókarev, tiene numerosos méritos. Méritos difíciles de acumular en un ejercicio profesional como el suyo. Es un buen trabajador intelectual y cumple con una función poco comprendida por la opinión pública.

El anciano hablaba lentamente, acompañando sus palabras con amplios gestos. Yuri comenzó a tranquilizarse: conocía muy bien el carácter de Grigori. Sabia desde la primera palabra que este pronunciara, en que dirección iba su discurso. De tal manera, dejo que la presentación continuara, preocupado en escrutar al resto de los asistentes. Observó a dos psicólogos famosos, disidentes de la línea de Platonov. De ellos el mas prominente era, sin duda, el desaliñado profesor Kárpov.

Disimuladamente, espió a un laureado historiador de la Academia que, en su momento, había polemizado nada menos que con Kuusinen y Rosenthal. Por último, reconoció a Nietzsky. El biotrónico que, al parecer, había pulverizado las tesis parapsicológicas de Basiliev. El resto de los concurrentes, le era desconocido... exceptuando a Grigori, que ahora repasaba en voz alta su “curriculum”. Había algo de curioso en ese comité, formado hasta donde Yuri podía comprobar, por polemistas que antiguamente habían sido relevados de funciones académicas importantes. Se reconfortaba en esos pensamientos, pero también amonestaba en su interior, las formas escandalosas y aventureras que aquellos habían usado para conmover con sus tesis al mundo científico. Pero allí estaban ellos y todo indicaba que ahora tenían «al oso del collar». Nuevamente, se hizo silencio. Luego, Kárpov dijo en tono impertinente:

-Usted, Tókarev, se ha extralimitado. Su función es clara: como profesor de religiones comparadas, en la Universidad o a través de publicaciones... su función, escúcheme bien, es contribuir a la educación atea de las masas, en la línea de la concepción materialista científica.

Yuri sintió que la sangre le golpeaba las sienes y tuvo que frenar sus reflejos cuando Kárpov le arrojó, muy cerca, la revista de tapas verdes que tan bien conocía. Era el ejemplar del 1° de diciembre de 1978... cinco meses atrás. En ese momento, creyó comprender los motivos que obraron para la constitución de ese comité: se trataba de un cuestionamiento por su artículo sobre «la explosión religiosa en el mundo actual». Sin embargo, no encajaba del todo que el Ministerio de Defensa hubiera patrocinado la formación de tal comité. ¿Cómo se iba a mezclar ese organismo, en una discusión sobre sus puntos de vista? De todas maneras, esa especie de tribunal, esa habitación y el mismo, estaban en una dependencia del Ministerio.

Aflojó los músculos y se dispuso a escuchar al otro psicólogo.

-El programa del PCUS, destaca que se debe realizar sistemáticamente una amplia propaganda ateísta, con base científica, explicando pacientemente la endeblez de las creencias religiosas... Veamos, veamos, señor Tókarev. ¿Que hizo usted exactamente?

Yo he comprobado peligrosos cambios en la religiosidad de los pueblos. He advertido sobre la necesidad de estudiarlos cuidadosamente y, por ultimo, he destacado que son síntomas de un cuadro amplio de locura colectiva.

-¡«Síntomas» ! -interrumpió Grigori. Luego, continuo mirando a Yuri fijamente -. Camarada Tókarev: usted ha tirado la primera piedra y esta fue a caer justamente en el tejado menos conveniente. Usted afirmo que «la URSS, padece de miopía» en lo referente a fenómenos de alteración psicosocial. Usted usa una terminología irregular y antipática: «síntomas», «miopía»... ¿qué es eso, camarada?

Yuri respondió cínicamente: -Afirmo que los «síntomas» actuales mas alarmantes son: la mas fuerte oleada de UFOS; el suicidio en masa de mil cristianos protestantes en Guyana; la revolución islámica de Irán y la conmoción producida en la Dominicana y México, por el Papa de los católicos.

-Eso no afecta a nuestro sistema de vida -replico Grigori -, mas bien certifica la descomposición del capitalismo.

Yuri, sin medir consecuencias, dijo algo que electrizó al comité. -Las alucinaciones de tipo UFO, fueron mayores en nuestro campo que en el capitalista; los suicidas de Guyana, de origen americano, se proclamaron «socialistas»; la revolución de Irán ha polarizado a millones de musulmanes en el sur de la URSS y, por ultimo, el Papa sale de la Polonia socialista que, a su vez, lo aclama.

-¡Vamos al punto! -interrumpió una enérgica voz de mujer.

-He contabilizado ciento doce síntomas en el mundo, en pocos meses. La mitad de ellos corresponde a nuestro campo. Y si he relacionado a los UFOS, con el suicidio ritual y otros fenómenos religiosos, es porque tengo la sospecha de que flota en el ambiente una perturbación mental de características místicas. Debemos comprender estas nuevas tendencias hoy en marcha. De lo contrario, pasará con mas frecuencia esa cosa inadmisible que sucedió en Irán.

Kárpov, había deslizado una esquela a Grigori. Cuando este la leyó hizo un gesto de interrupción a Yuri y luego dijo: -Muchacho, tenemos que seguir nuestra reunión, de manera que espera mi llamada en unos días.

El profesor Tókarev, entonces, se puso en pie y luego de inclinarse brevemente ante el conjunto, se dirigió hacia la pesada hoja. Antes de abrirla, alcanzó a escuchar un leve murmullo que corría entre los miembros del comité.

Mayo 15

Cuando Irina llego con el sobre, los niños corrían desordenando todo. Yuri tomo el envoltorio de papel amarillo. No tenía ningún tipo de referencia. Tampoco pregunto a Irina como llego a sus manos, pero supo que se trataba de un envío de Grigori. En efecto, al rasgar el sobre, apareció un cartón escrito con grandes letras rojas. «Muchacho, estamos estudiando tus delirios. Sigue esperando mi llamada.»

Era una hermosa tarde primaveral. En poco tiempo, cogería el Metro y terminaría en la estación Mayakovskala. Desde allí se iría a encontrar con esos fervorosos estudiantes de religiones comparadas. Pero, por primera vez, se preguntó: ¿qué los haría tan «fervorosos»? ¿Cómo esos gamberros podían tener tanto interés en mitos, leyendas, supersticiones y rituales absurdos? Reconoció en sí mismo esos impulsos de estudiante cuando muchos años atrás había escuchado la clase inaugural de su entonces maestro Grigori. Se encogió de hombros, reconociendo que, después de todo, tras la fachada más ruda o más doctoral hay siempre un niño que ama las leyendas y las fábulas. Pero sus pensamientos se interrumpieron. Apoyada en el marco de la puerta, haciendo una silueta de sombra perfecta, estaba Irina. Yuri paseó su mirada largamente como para memorizar un cuadro y, al recordar un viejo poema ruso, debió mover los labios suavemente porque, al advertirlo, Irina pregunto:

-¿Qué dices?

-Que no encuentro el maldito portafolios -respondió el hombre, fingiendo buscarlo en su alrededor. Ella rió y corriendo hasta el se colgó de su cuello. Luego, le dijo muy cerca del oído: -Eso que llevas en la mano izquierda se parece mucho a un portafolios -y forcejeó con el, hasta desprenderlo de su mano.

Mientras los niños seguían su devastadora tarea, Irina salió velozmente hasta la acera, perseguida por Yuri. Allí se reunieron nuevamente intercambiando miradas, palabras y tal vez pensamientos...

Aquella noche, el profesor llegó tarde. Había hecho un largo desvío acompañado, a través de la iluminada avenida Kalinin. Su interlocutor durante dos largas horas, fue un estudiante a su cargo. Un boliviano que años atrás llegara a la URSS como tantos otros, para hacer sus estudios en la Universidad Patrice Lumumba. Había logrado romper con aquel «ghetto» y luego de algunos años se había incorporado a la Universidad de Moscú, casi con el «status» de ciudadano soviético. José Fuentes, a la sazón contaba treinta y cinco anos y era, según apreciación de Yuri, «la mas brillante corteza cerebral que había pasado por sus aulas». Al mismo tiempo, el boliviano siempre lo había impresionado como una interioridad peligrosamente profunda.

Cada vez que se encontraban, Yuri proponía el dialogo en español para refrescar la lengua que su madre, María, le había enseñado. Esa noche, el profesor se había explayado con respecto a su vida en calidad de agregado dentro de la Universidad, para corresponder a José en su relato del paso por la Lumumba. Luego, habían charlado largamente sobre una alocada aventura al monte Ararat que había realizado Grigori con un equipo de arqueólogos, sin lograr resultado alguno. Pero fue llegando a ese punto, cuando Yuri lanzo una pregunta con toda la violencia que suelen tener las curiosidades acumuladas durante largos años.

-¿Tu no has venido exactamente a estudiar religiones comparadas, verdad? -había demandado. José, entonces, enlenteció su marcha y con ese rostro impenetrable de los amerindios que ya había visto Yuri en mongoles y tártaros, respondió: -tienes razón pero, en todo caso, cumplo muy bien con las formas.

A partir de ese momento, fue imposible detenerse. Una tras otra, salieron preguntas y respuestas, resultando de todo ello una historia bastante increíble en la que el tema religioso no era asunto de investigación, sino de practica. José, sin inmutarse, explicó que había sido designado para cumplir con

un proyecto; que las cosas se habían facilitado al afiliarse al Partido en su país; que luego, algunas recomendaciones le permitieron entrar en el «ghetto» y, finalmente, que la influencia de Grigori había colaborado para colocarlo en el plantel mas avanzado que dirigía Yuri. En mas de una ocasión, recalcó que «todo hubiera sido imposible sin mérito propio». El latinoamericano aseguró que en los últimos años había logrado interesar a numerosas personas que ahora seguían la «Doctrina», en grupos separados que operaban en cinco o seis repúblicas de la URSS. Al parecer, respondían a lo que en lenguaje escolástico se llamaba «mística», pero se trataba de algo mucho mas avanzado y complejo... Sobre todo, complejo. -Es mas que una mística -afirmo José -, es el único y verdadero camino de la liberación humana:

Yuri no cometió la torpeza de replicar con frases hechas, o de argumentar por su cuenta: «El único camino, es el socialismo.» Tal aseveración, entre gentes conocedoras del mas puro marxismo leninismo, hubiera resultado perogrullesca y aun mas, dicha en plena avenida Kalinin. Habiendo llegado a ese punto, la conversación se interrumpió bruscamente. Se detuvieron frente a una máquina de agua. José lleno un vaso de vidrio y lo acerco a Yuri obsequiosamente. Este tomo un poco y del resto del contenido dio cuenta el boliviano. Con eso terminó el paseo. Hubo una breve despedida y los dos hombres se alejaron en dirección opuesta.

Mayo 20

Pasaron varios días antes que Grigori avisara al profesor Tókarev sobre la segunda reunión del comité. Para entonces aquel le había aclarado varios puntos. Según le informara, las reconvenciones de los dos sicólogos habían resultado de un premeditado forzamiento, a fin de comprobar la convicción de Yuri sobre sus propios argumentos. Pero tal situación debía explicarse en un contexto mas amplio. Al parecer, desde hacia unos meses, Grigori y otras eminencias habían formado el equipo investigador que apeló al Ministerio a fin de interesarlo en la estructuración de un comité con atribuciones mas o menos amplias y presupuesto adecuado. Sucedía que los científicos estaban siguiendo curvas estadísticas de desequilibrio psicosocial en la URSS. Habían comprobado una afluencia de fieles en aumento a los templos ortodoxos; una proliferación mas o menos subterránea de grupos ocultistas y un trasfondo sospechoso en los enunciados teóricos de la nueva generación científica, sobre todo en los campos de la Astrofísica y la Biología. Nietzsky, el biotrónico, a su vez constataba un sorprendente incremento de interesados en someterse a los tests paranormales en los que trabajaba su sección. Por otra parte, podía aportar pruebas irrefutables sobre porcentajes mayores de dotados extrasensoriales. Día a día, iba llegando a sus manos información desde los mas remotos lugares del país, sobre personas que espontáneamente producían fenómenos extraños. Según afirmara, pudo experimentar con una mujer que movía pequeños objetos a distancia y que provoco un derrame cerebral en un conejo, luego de fijar en él su mirada... El punto era grave. La señora Tolmacheva podía alterar campos magnéticos de poca intensidad y modificar a voluntad el vuelo de un minúsculo aparato accionado a control remoto. Simultáneamente, había sucedido el incidente con un periodista americano que fue interrogado en Moscú con referencia a esas investigaciones que venia desarrollando Nietzsky y que aquel quería publicar en Estados Unidos. Al parecer, también los occidentales andaban tras algo, que hasta el momento era indefinido. Pero eran dos notables historiadores quienes habían tomado mas en serio el articulo de Yuri. Ellos seguían estudiando el significado de las corrientes religiosas, en la disidencia ideológica. Era el caso de Svetlana Stalina y también de Solyenitzin. «Que esos dos -comentaban los historiadores- hubieran abrazado la causa de la traición a su patria podía explicarse cómodamente, pero que terminaran haciendo profesión de fe cristiana, era una variante innecesaria.» Si bien la hija del dictador, por la naturaleza del culto a la personalidad, estaba predispuesta místicamente, eso no justificaba su nueva adhesión. Era cierto que Stalin, en su juventud, había sido seminarista religioso pero luego de la Gran Revolución todo había cambiado. También de Rusia, después de todo, había salido la Teosofía de Helena Blavatsky y el Cuarto Camino de Gurdjieff y Ouspensky. Y nunca habían escaseado, durante el zarismo, los Rasputin y los Dostoievsky... ¿Acaso todo había cambiado después de la Gran Revolución? Estaban convencidos de que la disidencia podía ser capitaneada por grandes religiones como el Cristianismo y el Islamismo, que contaban con

organización y estructuras suficientes. Argumentaban que aun cuando el articulo 124 de la Constitución proclamaba la libertad de cultos, se producía una contradicción en la practica y ello podía ser aprovechado como pretexto movilizador. Pero nada les preocupaba tanto como la religiosidad subterránea que se infiltraba retorcidamente en la ideología oficial, mezclando el materialismo con larvadas formas ocultistas. El mismo Grigori, había participado de las discusiones del grupo investigador, antes de hacer el petitorio de formación del comité. Su tesis era que las religiones surgían en las encrucijadas culturales y que la URSS tenia las características mas netas en el momento actual, de «madre de las encrucijadas culturales». En efecto: razas, lenguas, costumbres y climas se mezclaban en el país euroasiático más grande, que además contaba con un sexto de la territorialidad mundial. Todas sus fronteras estaban en choque y la misma ideología oficial era acosada crecientemente por los traidores internos y externos, aumentando el desconcierto espiritual de las masas. Esas consideraciones de los estudiosos llegaron con seguridad a las altas esferas del Gobierno, porque casi simultáneamente con la aprobación del Ministerio a la formación del comité, el camarada Brezhnev había dicho en un sorprendente discurso que «advertía a los jóvenes del peligro de coquetear con el misticismo».

Ahora, Yuri tenia despejado el panorama con respecto a la formación del comité y comprendía esa mezcolanza de individuos, trabajando en un mismo organismo. A partir de esas aclaraciones, se abocó a organizar un modelo de investigación sobre los nuevos fenómenos que iban tomando cuerpo, en la URSS y el mundo...

Ahora, era un domingo en el que seguramente perdería la reconfortante compañía de Irina, Vladimir y Sofía. Había llegado a la dependencia del Ministerio. Esta vez, la puerta se abrió en el mismo momento en que se acercaba a ella.

-Pasa, muchacho -dijo Grigori. Ambos hombres caminaron hacia la mesa central hasta sentarse en sus sillas, frente al comité en pleno.

-Queremos conocer su modelo, camarada Tókarev -dijo Nietzsky. Y allí comenzó un largo desarrollo en el que Yuri expuso escrupulosamente su plan de investigación. Después de cuatro horas abigarradas de datos históricos y geográficos, concluyó: -en resumen, debemos comprender si el fenómeno esta siendo producido y luego exportado a la URSS, o si en otros lugares se registra lo mismo que aquí, sin conexión alguna. Personalmente, me inclino por la segunda posibilidad, aun teniendo en cuenta acciones de infiltración dirigidas hacia nuestro campo.

-¿A que se refiere usted? -inquirió una desconocida, de aspecto armenio.

-Me refiero a que todo tipo de información entra en la URSS por medio de la Prensa radial, escrita, televisiva y por el intercambio de personas, así como ocurre el fenómeno inverso. Pero, en todo caso, no me parece de una influencia tan grande como para desencadenar el proceso que al decir de este comité «esta presionando en distintos campos y capas de nuestra sociedad». Creo -continuó Yuri- que se podrían investigar algunos puntos de Oriente, tradicionalmente considerados como exportadores de religión. También otros en los que se produjo un colapso religioso por el choque con una cultura cualitativamente mas avanzada. El primer caso sería el de India; el segundo, el de América latina, zona en que los cultos vernáculos fueron destruidos totalmente por los conquistadores europeos. Tal vez allí se verifique lo que tantas veces se ha visto en la Historia; una revancha religiosa, frente a la cultura opresora...

-¿Y que nos dice -interrumpió Kárpov- con referencia a los índices crecientes en la URSS y el mundo, de alcoholismo, delincuencia, drogadicción, suicidio y locura... sobre todo, locura?

-Profesor Kárpov -respondió Yuri burlonamente-, nuestros eminentes psicólogos deben dar respuesta a esos interrogantes. Yo simplemente expuse un modelo de investigación propio de mi especialidad. Aun así, siendo tan restringido mi esquema, pienso que se necesita un estudio detenido y serio, tal vez de años, antes de sacar conclusiones.

-«¡Tal vez de años!» -replico Kárpov con indignación-. Sepa, joven profesor, que las curvas se están haciendo exponenciales. Lo que, en otras palabras, quiere decir que hacia 1985 habrá una explosión psíquica colectiva capaz de romper la sociedad mejor organizada. Usted que cree, ¿que se trata de un problema de gabinete? Entiéndalo bien; ¡se trata de un problema de supervivencia!

En ese momento el coordinador del comité interrumpió la discusión, pidiendo a cada miembro la redacción de sus observaciones y propuestas, de las que debería extraerse finalmente una sugerencia concreta para el Ministerio. Cuando, ante la sorpresa de todos, fijo un plazo de cuarenta y ocho horas, los asistentes intercambiaron notas apresuradamente y se dio por finalizada la reunión. Eran las 11.50 p.m. Al abandonar el edificio, Yuri se pregunto por la celeridad que iban tomando los acontecimientos. «Tal vez -se dijo- nosotros somos los exponentes mas avanzados de la futura explosión psicosocial.»

Mayo 22

Esa noche Yuri acercó a Grigori un trabajo de veinte paginas en el que sintetizaba sus observaciones. Allí destacaba que no tenía ninguna observación que hacer al comité, ni al Ministerio.

Mayo 23

Al mediodía, Yuri recibía de Grigori un libro sobre las corrientes místicas no oficiales. Estaba preparado en base a nombres, historia, organización, numero de adherentes y sede de actividades de un millar de grupúsculos, distribuidos a lo largo de India y América latina. Se hacia constar que no se trataba de religiones conocidas, ni de sectas desprendidas de religiones. El ejemplar, sin titulo, sólo mostraba en su tapa de piel marrón el numero «1», grabado en tipo de rojo lacre. El profesor Tókarev tuvo la impresión de que el volumen no había sido encuadernado recientemente.

Mayo 24

Grigori explicó al profesor que saldrían de «vacaciones». Yuri debería ir a lugares precisos de la India y América latina. El, por su parte, se ocuparía de Teherán, Alejandría y algunos puntos de la URSS. El biotrónico partiría a Bulgaria, Hungría y Checoslovaquia, con un grupo de colaboradores. Allí tendría que hacer cotejos, con colegas de su especialidad. Por su parte, los historiadores y psicólogos del comité tratarían de perfeccionar un modelo complejo de la «explosión psicosocial». Los historiadores, basándose en datos anteriores intentarían hacer las cosas al revés, organizando libretos prospectivos. Proyectarían, ayudados por computadoras, los futuribles mas aceptables sobre los cuales habrían de trabajar los psicólogos, tratando de establecer las condiciones mentales de las poblaciones en cada caso. Y, cuando Yuri preguntó por la Europa occidental y Estados Unidos, recibió de su antiguo maestro una extraña respuesta:

-Muchacho, tampoco ellos son idiotas. Déjalos que hagan su parte. Para localizar un punto, es necesario que se corten dos líneas. Nosotros trazaremos la ordenada y ellos la abscisa, o a la inversa. Veremos si distintas metodologías pueden acoplarse, como ya sucedió con las etapas de los cohetes espaciales. ¡Déjalos, no son tan idiotas!

Mayo 25

Yuri llego muy temprano al laboratorio de psicología aplicada, respondiendo a una sorpresiva invitación de Kárpov. Este lo estaba esperando con otro psicólogo. Mientras descendían hacia un tercer subsuelo, Kárpov preguntó:

-¿Tiene alguna experiencia en los llamados «estados alterados de conciencia»?

-No -respondió Yuri.

-Lo suponía -considero Kárpov, cambiando con su ayudante una mirada cómplice, para agregar luego encogiéndose de hombros: - Estos científicos de hoy, están formados sin base experimental.

¿Cómo se puede trabajar en religiones comparadas, sin comprender la experiencia psicológica religiosa?... Humanistas, solo humanistas -concluyó, meneando su despeinada cabeza leonina.

Mientras salían del montacargas, el profesor Tókarev consideraba lo acertado de las observaciones, respecto a su formación profesional. Entraron a una pequeña sala que bien podría haber sido el recibidor de un consultorio medico. Kárpov y Yuri tomaron asiento frente a frente, en sendos sofás. Una pequeña mesa los separaba. Sobre ella, algunas flores y ceniceros. La luz era ligeramente azulada. Un cierto olor a ozono se respiraba en el ambiente. Mientras tanto el otro hombre había desaparecido por una puerta lateral.

-Usted seguirá opinando, como hace cien anos se decía, que «la religión es el opio de los pueblos», ¿no es así?

Yuri no respondió, tratando de comprender hacia donde se dirigía Kárpov. Verdaderamente -pensó-, la religión era eso, menos que eso y tal vez algo más.

Antes no se conocían las anfetaminas, -intervino nuevamente el psicólogo - ni el LSD 25. En la época de Marx el opio era la droga de moda. El opio crea condiciones irreales y placidas. Desarma, desinteresa, aquieta. ¿Cree acaso que la revolución de Irán corresponde a esos estados de conciencia?

Mientras tableteaba insistentemente con sus dedos en la pequeña mesa, Kárpov se extendía en extrañas consideraciones, escrutando a Tókarev tras sus gruesas gafas. -No tenemos mucho tiempo para inducir en usted los diferentes estados de conciencia que han producido y producen las practicas religiosas. Sin embargo, trataremos de acercarlo a esos fenómenos gracias a una experiencia sintética... Comprenderá que no lo haremos girar danzando como un derviche, un macumbero brasileño, un vuduista haitiano, o un tribal africano. Tampoco beberá soma, ni ingerirá hongos alucinógenos; no procederá con respiraciones forzadas yogas, con ejercicios físicos y ayunos extenuantes, ni se torturara con aflicciones medievales. Iremos al grano directamente.

Yuri comprendió que Kárpov y sus colegas habían logrado reproducir en laboratorio fenómenos sobre los que tantas veces se había preguntado. Al mismo tiempo se sorprendió al considerar la capacidad de adaptación de los científicos a las nuevas situaciones. Si, como sospechaba, el trabajo del equipo que luego formo el comité, había comenzado hacía solo cinco meses, era muy poco tiempo para que los psicólogos hubieran desarrollado una tecnología que esclareciera sobre cuestiones que venían pesando desde hacia milenios en el campo de la cultura. De pronto pregunto:

-¿A que se refirió cuando dijo que se trataría de una «experiencia sintética»?

-A que casi todos los estados alterados de conciencia responden a procesos de anoxia neuronal y desarreglo enzimático cerebral. Cualquier practica ritual que investigue, lo llevara al mismo resultado. No importa que se induzca el fenómeno por vía química, respiratoria, mecánica, ascética... Siempre llegará al mismo resultado: desarreglo enzimático, anoxia neuronal!

Karpov explicaba con tal entusiasmo, que terminó poniéndose en pie para desarrollar su pensamiento libremente. Y, mientras caminaba por toda la habitación como un oso enjaulado, su voz se hizo tronante: «Si usted muere, Tókarev, si clínicamente muere y lo recuperan antes de diez o quince minutos, hay un cincuenta por ciento de probabilidades que recuerde haberse encontrado fuera de su cuerpo. También es probable que pueda relatarnos algo acerca de una luz que dialogó con usted. Algo así como la luz de los UFOS, o de la zarza ardiente de Moisés, o de aquella otra que derribo a Saulo de su cabalgadura.»

Yuri comenzaba a relacionar numerosos mitos y leyendas que seguramente encajaban, al perfilarse una clave como la que se le estaba revelando por primera vez en su vida. Pero quiso comprender más.

-En muchos libros «sagrados» -observó-, se refieren esos fenómenos sin que hayan mediado condiciones como las que usted está explicando.

El psicólogo se paro en seco y luego arrecio con rabia contenida: -¡Haga el favor de no interrumpirme! Miles de sabios en el mundo, darían su cabeza por escucharme y usted se permite interrumpirme..., vamos por partes. En el libro tibetano de los muertos, que conocerá mejor que yo, se cita un procedimiento para liberar el alma en el momento de la muerte. Se trata de la posición del «león

acostado». El sacerdote oprime una arteria del cuello del moribundo y, entonces, este cree que empieza a desplazarse por distintas regiones de luz... ¡Anoxia, Tókarev! Hasta en Estados Unidos saben de estas cuestiones. ¿Y que hacen entre tanto, nuestros distinguidos profesores? Pues, relacionan supercherías en base al estado económico de las sociedades que les dan origen. Eso, mi estimado amigo, es trabajar con herramientas del Paleolítico inferior.

Yuri pensó nuevamente que estaba frente a un aventurero y escandaloso de la pandilla del comité. Pero debió reconocer que pese al desviacionismo que rezumaba hasta por los poros, Kárpov y seguramente el conjunto que ahora apoyaba el Ministerio, era brillante.

-Los americanos, hace años que trabajan con drogas -continuó el psicólogo- y hasta han usado la mezcla de Meduna para provocar estados alterados. Imagínese, un sinvergüenza de Wall Street aspira un gas en el que se ha variado la proporción de oxigeno y dióxido de carbono y, de pronto, ¡se siente transportado místicamente! -Hizo un silencio dramático y luego agregó lentamente: -Sabemos todo eso, pero también hemos encontrado otras formas que no requieren de anoxia. Por ejemplo: Buda, Jesús y Mahoma, se retiraron a lugares silenciosos para meditar... ¿Qué estuvieron haciendo ellos exactamente? Yo se lo diré. Estuvieron suprimiendo datos sensoriales, algo similar a lo que ocurrió a los cosmonautas al eliminárseles la gravedad.

-No entiendo la relación, profesor Kárpov -oso Yuri interrumpir de nuevo. Kárpov volvió a su asiento ceremoniosamente. Luego, casi en secreto, dijo: -¿Sabía que varios astronautas americanos se dedicaron luego de su experiencia a la vida religiosa? ¿Sabía que Gagarin pretendió haber observado UFOS? ¿Sabía que el profesor Nietzsky detectó numerosos fenómenos extrasensoriales en situación de ingravidez?

Kárpov miraba intensamente a Yuri buscando en él los rasgos de la sorpresa pero este, fingiendo neutralidad, afirmo: -Sigo sin entender la relación.

-¿Cómo que no encuentra la relación? ¿Pero no advierte que al eliminar señales en el cuerpo humano, sea por ingravidez o falta de estímulos, el sistema nervioso no puede trabajar normalmente? Si faltan señales, la conciencia se altera. De manera que no se trata ahora de anoxia, ni desarreglo enzimático. Se trata de falta de impulsos electroquímicos, con un resultado similar. Al no haber impulsos, solo la memoria entrega información y el sujeto recuerda vivamente escenas de la vida pasada, o bien, sus fantaseos se amplifican. Píenselo: ¡impulsos electroquímicos!

Kárpov había encendido un cigarrillo. Después, ofreció otro a Yuri. Este acepto y aprovechando el intervalo, espetó: -La experiencia de los estados alterados de conciencia permite seguramente comprender el fenómeno religioso desde el punto de vista psicológico, pero no explica como surge la religión; cómo, de pronto, se despierta la apetencia mística. Mi observación tiene que ver, concretamente, con las preocupaciones del comité.

-Pues yo le digo, Tókarev, que cuando los problemas cotidianos que golpean el sistema nervioso de un individuo o un pueblo, son demasiados intensos, se produce un bloqueo de información, se produce una inhibición que opera como supresión sensorial. Un ser humano puede estar acompañado por cientos de personas y, sin embargo, se siente solo y sin comunicación. ¿Comprende, camarada?

-No, no comprendo, camarada -respondió Yuri sarcásticamente.

-Pues bien, adviértalo de una vez. O se enferma, o se suicida o enloquece, o huye de la realidad de muchas maneras... una de ellas, es mediante la religión. Y esa religiosidad, puede tomar rumbos contemplativos o agresivos, según las condiciones generales que rodean al fenómeno.

Yuri había dado con un sistema de explicación coherente. Todo parecía ensamblarse de modo fascinante. Era, por supuesto, orientador en la precisa línea de la investigación propuesta por el comité. Pero quiso asegurarse, aun a costa de indignar al colérico Kárpov.

-¡Eso habrá que probarlo!

Kárpov enrojeció. Luego aspiro una gran bocanada de su «Karelia» y entonces, levantándose, fue hasta un tablero emplazado en la pared. Oprimió un botón y dijo: -De eso se trata. Queremos que usted tenga experiencia práctica de los estados alterados de conciencia, para que no termine desarmado en su investigación de campo. Porque, según me dicen, ira a los lugares en los que parece que comienza el hervidero de nuevos fenómenos místicos.

Se había corrido una compuerta. El recinto estaba atestado de controles. Allí maniobraba el otro psicólogo. Yuri se levanto y siguió a Kárpov, al tiempo que este explicó:

-Ahora va a entrar en la cámara de supresión sensorial, conocida como «cámara de silencio». Estará aislado del mundo, salvo de nosotros, que permaneceremos en los controles... ¡Entregue todas sus cosas!

Yuri se desnudo completamente, dejando las ropas sobre una silla. Kárpov le dio una pastilla verde pidiéndole que la disolviera lentamente en la boca. Entonces, giro un volante y empujando una puerta metálica, invito a Yuri a pasar. Este así lo hizo y la puerta se cerró silenciosamente a sus espaldas. Se encontró en un cuarto totalmente forrado, al parecer, con caucho. Una suerte de alfombrado gris claro cubría todo el piso. La luz, ligeramente azulada, permitía ver una tarima sobre la que descansaba la enorme piscina. De ella salía un denso vapor que se extendía lentamente.

-¡Tókarev! -grito Kárpov por el altavoz.

-Escucho -respondió Yuri.

-Suba por la escalerilla y entre al agua. No tema quemarse, esta a menos de treinta y siete grados. En pocos minutos no la sentirá porque se ajustara exactamente a la temperatura de su piel.

Yuri entro en la piscina y comenzó a sentarse en un ángulo de la misma.

-Lo estamos filmando en circuito cerrado. Observe la banda que cruza transversalmente la piscina. Ella deberá sostener su cuerpo en flotación, para lo cual tendrá que colocarla en su zona lumbar y luego extenderse a flotar... No piense que se va a hundir. El liquido tiene una fuerte concentración sauna, pero la banda evitara que derive hacia los bordes de la piscina dándole sensaciones táctiles.

Mientras se acomodaba, Yuri pregunto por la sensación de la banda, la luz de la habitación y otros estímulos.

-Las luces de los ozonizadores sirven para romper las moléculas grasas, responsables en gran parte de los olores. La pastilla que le di es clorofílica y cumple con la función de desodorizar su boca. La iluminación será suprimida cuando usted termine de instalarse en perfecta flotación... No escuchará ningún sonido, a menos que deseemos comunicarle alguna novedad. En cuanto a la banda, dejará de percibirla a los pocos minutos cumpliéndose la ley del estimulo constante decreciente. Otro tanto valdrá para el agua. No obstante, quedará sin cubrir su cara, la parte mas alta del pecho y las rodillas. Pero las sensaciones entre las partes inmersas y las mencionadas, se homogeneizarán por el vapor que terminará dando un 100 % de humedad ambiente y a igual temperatura del agua. ¿Comprende?

-Está bien -repuso Yuri-. ¿Que hago ahora?

-No agite el agua. Desde aquí manejaremos dos barras: una llegará muy cerca de su cabeza, sin tocarla; la otra, quedará a pocos centímetros de su pecho y a lo largo del cuerpo. Desde ellas, tomaremos sin contacto directo sus señales electroencefalográficas, cardiográficas y mielográficas... Si algo no marcha, le haremos llegar un sonido aunque sus oídos estén bajo el agua.

Yuri estaba flotando, manteniendo los oídos fuera del agua. En un momento alcanzó a ver que se deslizaban las barras y tuvo tiempo para escuchar las últimas observaciones.

-El vapor ya impide seguir su imagen en nuestras pantallas. Recuerde: si quiere arruinar el trabajo, basta con que silbe, toque las paredes de la piscina, o pellizque alguna parte de su cuerpo. Hay mil maneras de evitar la supresión sensorial. Pero ¿no será usted tan torpe, verdad?

Fue lo último que escuchó. Hundió la cabeza. El agua tapó sus oídos y comenzó a flotar cómodamente. Brazos y piernas se mantenían separados, pero el pequeño oleaje de la inmersión los movía aún, acompasadamente. No alcanzó a escuchar el diálogo de los psicólogos que seguía saliendo por el altavoz.

-Prueba Tókarev; mayo 25, 1979; 8.50 a.m.; temperatura de piscina 36,5°; temperatura ambiente 36,5°; humedad ambiente promedio 92°; presión 755 mm.; tipo de flotación: convencional; línea isoeléctrica del encefalograma; alterada por agitación respiratoria; movimientos oculares rápidos, por perdida de referencia; cardio: normal; electromielógrafo: tensiones musculares en zonas cervical y abdominal.

-Corte ozonizador -dijo otra voz.

-Cortado.

-Corte calefacción de piscina y ambiente.

-Cortadas.

-Corte circulación de agua.

-Cortada.

-Conecte automáticos de temperatura.

-Conectados.

-Corte luz de ambiente.

-Cortada.

-Suprima altavoz...

Y se hizo la oscuridad, el silencio, la quietud. Yuri comenzó a ver una rueda que giraba. Irina y el estaban atados a ella dando vueltas, mientras esta avanzaba por el campo. Cerca estaba María que gritaba: «¡Boris, Boris!» Entonces, un silbido como de tren, lo volvió a la real situación. Había comenzado a dormirse y, seguramente, Kárpov lo detecto en las ondas del electroencefalógrafo tras lo cual le envió la señal que lo sacó del sueño. Estaba despierto en la oscuridad y el más absoluto silencio. Del recuerdo del silbato, paso a ver una figura iluminada cada vez con mayor claridad. La Plisetskaia danzaba maravillosamente en el Bolshoi. Representaba a la Ana Karenina de Tolstoi y el silbato del tren anunciaba su muerte. Súbitamente, la bailarina se convirtió en una enorme mariposa que flotaba sobre el, se diría que a un metro de distancia. Era multicolor a increíblemente luminosa. Yuri se sobresaltó y movió el agua, pero la mariposa siguió allí, agitando sus alas. Comprendió que seguía el ritmo de su respiración. Contuvo el aire y el enorme insecto quedo paralizado, flotando sobre él. Pensó que las mariposas del arte psicodélico no eran sino exteriorizaciones de registros pulmonares, sobre todo en estados alucinatorios producidos por drogas. Algo parecido debería pasar con las sabandijas del «delirium tremens» en los alcohólicos. Seguramente las serpientes serían partes del tracto digestivo; las arañas, tal vez traducciones renales o del hígado del enfermo... La mariposa desapareció súbitamente y todo quedo aquietado. Su actividad cerebral se había tornado fuertemente vigílica. Pensó que Kárpov registraría un incremento de ondas beta sacando la conclusión de que estaba inhibiendo los fenómenos sobre los que aquel quería ilustrarlo. Decidió relajarse profundamente, y soltar sin control sus cadenas asociativas... Los brazos se habían alargado tal vez metros y allí, en los extremos que terminaban en dedos muy finos, las manos giraban como las hélices de un barco. Comprobó que nada se agitaba, pero las manos seguían dando vueltas cada vez mas rápidamente, mientras el resto del cuerpo se agrandaba. Eso era: su cuerpo no tenia limites porque estaba a temperatura del agua y de la habitación. Decidió expandirse hacia el cuarto en el que trabajaban los psicólogos. En ese momento, sintió un crujido de tablas rotas. Luego, un fuerte viento bramo sobre su rostro y vio un túnel por el que se deslizaba a gran velocidad. Allí, en el fondo, lo esperaba una luz cada vez mas grande, cada vez mas brillante. Súbitamente, vio a su cuerpo flotando en el agua. Tenia la real sensación de estar suspendido en el aire. Deseó entonces, fuertemente, volar hasta su casa y ver que sucedía allá... Pero se encontró nuevamente en el interior de la piscina. Kárpov estaría registrando su actividad beta. Kárpov lo estaba controlando. Kárpov lo espiaba porque estaba en el complot. Todos contra él. Rió fuertemente. Comprendió que querían convertirlo en autómata. Le estaban lavando el cerebro. Estaba claro: la pastilla verde, las miradas cómplices de los psicólogos. Querían matarlo a el, a Irina, a Vladimir y a la pequeña Sofía... porque él sabía lo que estaba pasando. Por eso, por eso, por eso... le estiraban los brazos y las piernas y su sexo estaba erecto y ellos y ellos y ellos y ellos...

-¡Nooo! -gritó Yuri.

Al momento, se encendieron las luces y sonó el silbato. Inmediatamente entro Kárpov, gritando a su vez:

-¡Irresponsable, lo arruinó todo!

Tomo a Yuri de un brazo y trato de sacarlo del agua, pero este se soltó y fue a sentarse en cuclillas en el rincón opuesto de la piscina. Gemía suavemente, mientras lo agitaban algunos temblores. El vapor escapaba velozmente por la entrada abierta.

-Yuri -dijo Kárpov dulcemente al comprender la situación-, seguro que paso por una crisis paranoide. Seguro que ahora hace el ritual del esquizofrénico. No se preocupe. Son sus propios temores, sus propios contenidos cerebrales que han sido amplificados por la supresión sensorial. Recuerde a los místicos en sus aislamientos: el demonio los tentaba o se producían feroces luchas con monstruos y otros seres extraordinarios. Cada cual tiene su propia flora y fauna psíquica. Vamos, conéctese con el mundo.

Pronto entró el otro psicólogo con una copa llena de un líquido transparente.

-Beba esto -dijo, acercando el recipiente a Yuri.

Yuri alzo la cabeza. Sus ojos estaban muy abiertos y se alcanzaban a ver las pupilas enormemente dilatadas. -¿Qué es? -pregunto temblorosamente.

-No es veneno, ni droga -explico risueñamente Kárpov, agregando-: Por lo menos para mí...

-¿Que es? -repitió Yuri en tono amenazante.

-¡Vodka, mi amigo! Pero si no lo toma, lo haré yo.- Dicho lo cual, Kárpov escancio la copa. Luego, la devolvió a su ayudante. La chanza terminó con ceremonia.

-Me inclino ante usted -dijo Kárpov al ayudante.

-Da, tovarich, da -replico el ayudante, inclinándose a su vez. Y la copa voló hacia atrás, haciéndose pedazos en la otra habitación.

Yuri comenzaba a recuperarse.

Dos horas después, el profesor Tókarev, había terminado de redactar sus experiencias en el pequeño recibidor de entrada. Kárpov, recibió complacido el manuscrito y preguntó:

-¿Sabe cuanto tiempo permaneció en supresión sensorial?

-Cuatro horas, aproximadamente.

-Solo diez minutos, profesor -concluyó el psicólogo.

A punto de despedirse, Yuri pregunto sobre la posibilidad de una real «salida» del propio cuerpo en aquel momento en que se sintió flotando en el aire.

-Se trata de alucinaciones muy estudiadas por nosotros -respondió el psicólogo.

-¿Y si en esta alucinación hubiera llegado a mi casa y allí hubiera visto al pequeño Vladimir, cortarse un dedo con el cuchillo del pan?

-Seguiría la misma cadena alucinatoria. Convénzase, Tókarev, no hay un «algo» que se desprende del cuerpo. Solo alucinaciones.

Yuri tuvo en ese momento, una indefinible sensación y casi sin pensar pregunto: -¿Hay un teléfono a mano?

-Desde luego -asintió Kárpov.

Pasaron a otro cuarto. Yuri deslizó sus dedos por el teclado del teléfono. El sonido de Ramada se sintió amplificado en la habitación. De pronto contestaron en el otro extremo de la línea oyéndose la voz del pequeño Vladimir.

-¿Quién es? -dijo Vladimir.

-Tu papá... ¿No me conoces, Vladi? -preguntó suavemente Yuri.

-Papá, papá... ¿Cuando vas a venir?

Los dos hombres escuchaban risueñamente la delgada voz. Pero en ese momento sucedió algo que los dejo paralizados.

-Papa -dijo el niño-, tienes que venir... Me he cortado un dedo con el cuchillo del pan.

Mayo 26

A la mañana Yuri recibió largas instrucciones de un agente del Ministerio. También se le dieron recomendaciones y listas de contactos con funcionarios de Relaciones Exteriores. En todo momento,

mantuvo una fuerte sensación de irrealidad. No había dormido en toda la noche. La experiencia del día anterior lo perseguía, abriéndole un mundo de interrogantes. A la tarde Yuri se encontró con José Fuentes. No pudo explicarle que iba a cumplir una misión a ciegas. Ni siquiera sabía que iba a buscar con exactitud. De todas maneras, pidió al boliviano algunas referencias sobre la «Doctrina». Por ultimo le rogó que le diera contactos con su gente en Latinoamérica, ya que en el libro que le proporcionara Grigori, no figuraba referencia alguna sobre el punto. No era posible que tal grupo fuera desconocido por los servicios de inteligencia, que seguramente habían trabajado durante meses tras la pista de formaciones de ese tipo. José le suministro datos y referencias personales en Río de Janeiro, La Paz y Santiago de Chile. El día terminó con Irina y los niños. A la noche tuvo una larga charla con ella sobre el sentido de la vida y el problema de la muerte. Pensó que nunca antes la había escuchado tocar esos temas. Sus ideas se hicieron sombrías por unos instantes, pero lo atribuyo a las especiales circunstancias que estaba viviendo. Al fin de cuentas, en un mes mas se reuniría nuevamente el comité para analizar resultados. El estaría presente y todo terminaría con una carcajada general frente al apresuramiento irracional que los había invadido. Y ese mismo día festejaría el reencuentro con Irina. Luego llevaría a los niños a las tiendas Gum, a la plaza Sverdlov y al recreo Gorki. Sí, todo terminaría absurdamente y la cosa sería aún más ridícula que la incursión fallida de Grigori al monte Ararat. Una cosa era clara: el comité estaba formado por escandalosos y aventureros. En cuanto a él, seguía instrucciones sin facultades de decisión en el asunto. Así es que se regocijó imaginando la cara de los funcionarios del Ministerio cuando el comité les dijera: «Camaradas, hubo una falsa alarma.» El había escrito en la revista, sobre los síntomas que había observado proponiendo un estudio serio de la cuestión, tal vez dramatizando un poco, pero nunca había sugerido una alocada cabalgata sin objetivos claros. A su vez, el comité seguramente inspirado por Grigori, se había abalanzado sobre el Ministerio refregándole en las narices que no había previsto la revolución de Irán, encendida por un fanático religioso. Así, sumando alarmismo en cuanto a la posibilidad de que ocurriera una reacción en cadena de fenómenos de ese tipo, si no se tomaban urgentes medidas, el comité seguía abriéndose paso. Quedaba en claro que sus miembros trabajaban en esas ideas desde hacia meses y quien sabe si otros aventureros parecidos no estarían en lo mismo en USA y Europa occidental. Las frases de Grigori, referidas a investigadores capitalistas, tal vez podían entenderse como un acuerdo subterráneo con ellos.

Después de esos devaneos Yuri comprendió que muchos de tales pensamientos estaban dictados por su disgusto ante la partida inminente. Al fin de cuentas, en la cámara de supresión sensorial había terminado atribuyendo todo genero de maldades a Kárpov. Y esas maldades no eran sino sus «propios contenidos cerebrales».

Mayo 28

El profesor Tókarev volaba en un avión de Aeroflot rumbo a Nueva Delhi. Pocas horas antes había cruzado el Moscova, llegando a Jodinskoie Polie y una vez en el aeropuerto Irina lo había besado largamente. Ahora, a su izquierda y abajo, creía reconocer las siluetas del Kamet y el Nanda Devi, mientras las nieves del «techo del mundo» se besaban con el dorado-rojizo del amanecer indio. Luego el avión fue perdiendo altura...

Era muy de mañana cuando salvó la aduana velozmente gracias a su pasaporte diplomático. Allí mismo, casi al salir del aeropuerto, una nube de niños se abalanzó sobre él. -¡Johny, money, money! -gritaban a coro colgándose de sus ropas, tironeando su maletín de mano.

Alguien tome a Yuri del brazo, invitándolo hacia un vehículo que se alcanzaba a divisar a unos cincuenta metros. -Profesor, por aquí. Profesor... por aquí -repetía el chofer de la Embajada soviética.

Un reflejo de desconfianza movió a Yuri, pero luego se tranquilizó al leer en la puerta delantera del automóvil: «Soiuds Soviestskij Sotsialistichieskij Riespublik.» El coche partió lentamente. En su camino se cruzaban cientos de personas a pie, o en bicicleta. A veces, algunas motos o pequeñas furgonetas, interrumpían el tránsito. En otras ocasiones, eran los cebúes que rumiaban lentamente echados en la calle. Los vehículos que aparecían en dirección opuesta, eludían los obstáculos a gran velocidad casi

enfrentándose con el auto de la Embajada. Yuri, al lado del chofer, veía desperezarse a la ciudad. Miles de pobladores abandonaban el duro lecho en las aceras, mientras alrededor de pequeños fuegos, remolineaban seres humanos y perros. Por algún momento, el profesor recordó el mercado de Samarkand, pero reconoció que allí por lo menos, había orden. En diferentes edificios aparecía en madera, piedra, ladrillo o pintura, la svástika india. Yuri entrecerró los párpados... El sol y la nieve del Himalaya se unieron en el rojo encendido del amanecer; él e Irina se abrazaron girando en una gigantesca svástika que avanzaba arrasando los campos de Trasnova. Los campesinos se agolpaban en Novgorod y allí también, el veterano de las brigadas internacionales arrastró a su mujer y a su pequeño Yuri lejos de la metralla invasora. -¡Boris, Boris! -gritaba María, mientras apretaba fuertemente a su hijo, en aquella enorme confusión sangrienta. Boris y María se entendían continuamente en español como en la época de la resistencia en que se conocieron, allá en Madrid. Un millón de muertos en España, diecisiete en la URSS y el mundo seguía ardiendo en Hiroshima y en Corea, en Vietnam y en el África. Las sirenas aullaban en el aire y entonces, un obús hizo desaparecer a Boris, arrojando al pequeño Yuri lejos de su madre, hacia adelante.

-Hemos llegado, profesor -dijo el chofer aplicando frenos y bocina.

Estaban en el jardín de la Embajada. El profesor bostezó, agitando la cabeza como quien sale de un mal sueño.

-Bienvenido, profesor -dijo un apuesto joven, al tiempo que abría una puerta del auto. -Salimos en cuatro horas hacia Patna. -Sonrío ampliamente y luego, con gesto ingenuo, agregó: -a menos que haya cambiado usted los planes...

-No, no he cambiado nada. Buen día. Usted es Igor, mi guía «turístico», ¿verdad?

Igor se puso firme y jocosamente replicó: -¡A sus ordenes, camarada profesor!

Y así entraron riendo en la Embajada. Adelante iba Igor cargando el maletín de mano.

Esa misma tarde estaban en Patna a pocos kilómetros de la frontera con Nepal. En los alrededores de la ciudad crecían numerosos ashrams de distintas tendencias. La actividad se había multiplicado, luego que miles de monjes tibetanos, huyendo de los chinos, se habían distribuido por la India. Por tanto, en el arco norte, desde Benares a Patna, una fuerte correntada religiosa se había comenzado a incrementar desde hacía unos años. Según constaba en el libro, era preciso tocar tres puntos de la zona para contactar con no menos de cincuenta agrupaciones místicas «no oficiales». Así es que, arribados a un antiguo hotel, el profesor y su acompañante, se dispusieron a planificar los desplazamientos de los días siguientes.

Mayo 29

Muy temprano, los rusos salieron hacia una dirección señalada en el libro de Grigori. Sin embargo, en pleno camino Yuri decidió cambiar de ruta y ante el asombro de Igor, fueron derechamente hacia los barrios bajos como si el profesor los hubiera conocido de antemano. «Es una corazonada», había dicho Yuri llegando ante una vieja casona. Llamaron a la puerta y fueron introducidos de inmediato por un sujeto vestido con túnica azafrán. Los dos hombres se miraron con sorpresa, pero no dijeron una sola palabra.

En un pequeño cuarto los recibió Tensing Chöbrang. Se trataba de un hombre culto, en la actualidad profesor de religiones orientales en Ámsterdam. En esos días había cerrado una gira por distintas partes del mundo, buscando emplazamiento para los que el llamaba «refugiados del Tibet». El anfitrión había recibido a los visitantes sentado entre multicolores almohadones, enmarcado por el abigarrado estilo budista tibetano. El lama Tensing, hablaba con deferencia, explicándoles que sus gestiones habían progresado en América del Sur. Ello interesó vivamente a Yuri, quien trató de sondear los motivos de semejante orientación geográfica. Tensing, entonces, comento que cierta zona del altiplano sudamericano poseía características climáticas y humanas, similares a las del Tibet. Sin embargo, se había explayado el lama, existían aun ciertas dificultades que ponían los gobiernos de aquellas remotas latitudes. El establecimiento de colonias agrícolas poco tecnificadas era una seria objeción para aquellos países jóvenes, sedientos de progreso, que generalmente optaban por la inmigración europea

o, en todo caso, japonesa. Tensing siguió comentando que el Dalai Lama no había logrado colocar a los refugiados en ningún punto preciso y que estos se distribuían desordenadamente al norte de la India, trabajando en la apertura de caminos a cambio de pagas miserables. Morían por el hambre, la enfermedad y el cansancio. Nada hacia prever un mejoramiento en su situación, a menos que se los colocara en Latinoamérica o bien que regresaran su a madre patria. Detrás de todo aquello, el profesor advirtió otros móviles cuando Tensing subrayó en su perfecto ingles: -Una tenue línea conecta a los centros de iniciación del mundo. Los Himalayas han dado su mensaje.

Entonces, sin relación precisa, Yuri recordó al boliviano José Fuentes y a su Doctrina. Después de enrarecidas consideraciones, el lama habló sobre la extinción del budismo mahayana de la línea tántrica y de la religión chamánica Bon, propios del Tibet. No dejo tampoco de interpretar el régimen chino como un rebrote taoista, destructor de la ética confuciana, disimulado con el barniz ideológico del marxismo. Ese curioso punto de vista interesó a Yuri. Después de todo, la dialéctica del Yin-Yang y la síntesis del Tao no era sino un marxismo religioso primitivo en lucha contra el estatismo imperial de Confucio. También recordó que Hegel, el creador de la dialéctica que terminó convirtiéndose en método del marxismo, había sido precisamente un teólogo. «De todas maneras -reflexionó- interpretar las filosofías políticas desde una óptica religiosa es una inversión típica del idealismo a ultranza.»

La conversación terminó en un clima delirante, cuando finalmente el lama estableció relaciones cósmicas y políticas.

-Pocos días antes de la muerte de Mao un terremoto, que costó un millón de vidas, nos indicó su próximo deceso y un violento giro en la orientación china. Y cuando el Sha de Irán despegaba en su avión huyendo de la revolución islámica, se producía el sismo que arrasaba con vidas y aldeas enteras... Ustedes, los rusos, deberían cuidarse de tales cambios en sus fronteras. Ustedes, tienen muy buenos observatorios sismológicos, pero no poseen instrumental de observación de las conmociones mentales.

A esas alturas de la charla, Yuri experimentaba una suerte de intoxicación ideológico-religiosa. En un momento se despidió de Tensing dejando en el lugar a Igor. Pero ya de regreso en su hotel no dejo de anotar la ultima frase del lama. A su modo, aquel había dicho en su lenguaje viscoso algo parecido a lo que el mismo escribiera en la revista de religiones comparadas de Moscú. Decidió seguir trabajando en sus apuntes mientras esperaba a Igor que, seguramente, continuaba las conversaciones con el lama. Después, aquel seguiría merodeando por los alrededores, de acuerdo al plan trazado.

Dos horas mas tarde, llego Igor. -Profesor, tengo novedades -dijo. Y corrió hasta un asiento próximo a Yuri. Este desplazó su silla, colocándose frente al interlocutor. Luego, preguntó:

-¿Que lo trae tan agitado? -Y tuvo la sensación de conocer la respuesta anticipadamente.

-Profesor -resopló Igor-, usted salió del ashram y el vejete cambio de tono súbitamente. Abrió un cofre y me ofreció un medallón de jade. Entonces se produjo la confusión.

Igor comenzó a reír convulsivamente. Luego agrego: -Saqué unas rupias creyendo que el lama quería venderme algunas baratijas, pero cuando el sujeto vio el dinero, dijo una palabra extraña. Al instante, entraron dos monjes chillando como locos. Y mientras bufaban arrojando harina o talco al aire, uno de ellos trato de ponerme la mano encima... Usted sabe, todo terminó en desorden. Lo más gracioso fue que mientras los tipos saltaban como monos y yo rompía cuanto encontraba a mi alrededor, el lama, todo empolvado, paladeaba su asqueroso té... un té aceitoso en el que flotaban pelos de yac.

Hizo un silencio y comenzó a reir nuevamente.

-¡Pelos de yac! -agregó-. Me incline ante el lama y salí apresuradamente del ashram mientras seguía escuchando gritos en esa lengua incomprensible. ¿Tiene idea de que quiere decir todo eso?

-Igor, ¿cuanto tiempo lleva en la India?

-Diez años, profesor.

-¿Y cómo es que todavía no interpreta las modalidades del lugar?

-Las interpreto correctamente. Pero como usted sabe, los tipos no eran indios, sino tibetanos... ¡Pelos de yac! -repitió, riendo nuevamente.

Yuri, al celebrar íntimamente los impulsos iconoclastas de su compañero, evocaba aquella fuerza que ya había conocido en Grigori y en el furibundo Kárpov. Con que gusto él mismo, convertido en una tromba, hubiera volcado sillas y mesas en las ceremoniosas reuniones del comité. Pero en ese Igor que reía desprejuiciadamente delante de él, comenzó a ver como si dos imágenes se superpusieran... «Igor» con precisión de computadora parecía coger una cinta de telex en clave, la traducía velozmente y reintroducía respuestas en el aparato... Entonces, Yuri apartando de su mente esa visión desconcertante, quiso preguntar:

-Igor, sea sincero. Usted...

-¿Qué cosa, profesor? -dijo el otro, acomodándose en su asiento.

Yuri aspiro mirando a su compañero fijamente. Luego dejó escapar el aire con desesperanza. Paso un tiempo y dijo: -Olvídelo, Igor..., olvídelo.

-Muy bien, profesor. Si me permite, deberíamos ir ahora a un lugar muy interesante que he descubierto. Se trata de un centro religioso de curación.

Mientras se acercaban al lugar, sentados en un carro remolcado por una motoneta, Yuri reflexionaba sobre las extrañas condiciones que rodearon a la entrevista con el lama. Por su parte, no había podido preguntar a aquel nada de interés y así como había entrado, había salido del ashram. Sin embargo. Tensing se había explayado sin que mediara pregunta alguna. Luego estaba la historia de Igor que tenia algún significado, aunque era difícil de discernir. Resolvió entonces volver al día siguiente pero solo, para evitar complicaciones. Habían llegado al centro de curación. Ya, desde la acera, tuvieron que empujar a una masa humana que les impedía el paso. Finalmente, llegaron al recinto central. Muy cerca de ellos yacía sobre una mesa un individuo cincuentón. Era de aspecto europeo, tal vez austríaco; tenia el pecho descubierto y el resto del cuerpo bajo una sábana blanca. Frente a cada ángulo de la mesa, estaba en pie un ayudante del curandero quien ahora entraba en escena mostrando sus manos al público, con las actitudes de un prestidigitador. El personaje comenzó a hablar en hindú a la multitud, mientras Igor iba traduciendo en voz baja a su compañero. Se trataba de una operación quirúrgica. Yuri alcanzo a ver a otros europeos. Entre ellos, a una mujer que lloraba ostensiblemente. Seguramente era la esposa del enfermo. El curandero se emplazó detrás de la mesa, mientras los rusos se acercaron a unos dos metros del paciente. Al punto, comenzaron unos cánticos monótonos y la habitación se impregno violentamente con el humo de los sahumerios. Los cuatro ayudantes empezaron a deslizar sus manos por sobre el cuerpo del europeo sin tocarlo en ningún momento, haciendo suertes de pases magnéticos. Igor explico que la intervención se iba a realizar sin anestesia y sin instrumental: solo iban a actuar las manos limpias del curandero para extraer un cáncer de estomago. La herida cerraría de inmediato y todo ello, gracias a los poderes de una diosa local. Dos mujeres llegaron al lugar con sendos recipientes, flanqueando al curandero. De pronto, una de ellas corrió la sabana, dejando al descubierto el abdomen del sujeto. Inmediatamente, paso por su vientre un algodón impregnado en agua con el que limpió el campo operatorio. Entonces, el curandero apoyando sus manos en el cuerpo, comenzó a introducir una de ellas en el vientre que parecía abrirse para darle paso. La sangre manaba ininterrumpidamente, mientras la mujer limpiaba con otro algodón. El curandero movía las manos a gran velocidad y, a veces, agitaba una de ellas arrojando sangre sobre la sábana. La concurrencia había enmudecido. El paciente apretaba los párpados y las mandíbulas fuertemente como dispuesto a recibir una tremenda golpiza. Y así, rápidamente, el operador sacó algo como una víscera del vientre del enfermo. Era un trozo negro y elástico que terminó por ser arrojado en el recipiente que sostenía la otra mujer. Las manos se movieron con mayor velocidad, hasta que todo terminó en un suave masaje abdominal. La operación había terminado. El curandero retrocedió un paso y aflojó el cuerpo como saliendo de un trance profundo. Una de las ayudantes absorbió la sangre con un gran algodón y dejo de ese modo, completamente limpio el campo operatorio.

La multitud se abalanzo de golpe para ver con sus propios ojos, el increíble fenómeno. El europeo estaba ahora en pie, mientras trataba de subir sus pantalones, pero le fue imposible. Su mujer se arrojó sobre él llorando a viva voz. A su vez, algunos hombres trataron de separar a la pareja, empeñados en

tocar el vientre del recién intervenido. Cuando la histeria comenzó a generalizarse, los rusos pugnaron por salir hacia afuera del recinto y, en ese forcejeo, alcanzaron a ver como los pantalones del europeo caían y este, enredado, terminaba por el suelo con su mujer y algunos indios encima. Entretanto, otros se arrodillaban, besando las manos del curandero. Se escucharon los cánticos nuevamente, mientras Yuri y su acompañante ganaron la calle. Igor, dejando escapar un silbido de alivio, preguntó: -¿Que le pareció la demostración?

-Una débil capa de ungüento alcalino en las manos y fenolftaleína en el agua. Resultado: sangre. Pero solo por el color. En cuanto a las vísceras extraídas, son de pollo. La ayudante las pasa al curandero, adentro del algodón. Sobre la introducción de las manos, no hay tal. Como el abdomen esta deprimido, el liquido rojo forma un pequeño embalse. El curandero flexiona los dedos y estos quedan disimulados, sobre todo si presiona hundiendo aun mas el vientre del paciente. Esa técnica es usada también en Filipinas por los «healers» y sirve, por supuesto, para esquilmar occidentales que llegan en avalancha a los centros de curación.

-Entonces, ¿no sirvió nuestra incursión, profesor? -preguntó Igor.

-Lo siento, no sirvió. No creo que de allí salga un nuevo líder religioso, o una concepción explosiva capaz de arrastrar masas.

-Bueno, tengo varias cosas que mostrarle, muy cerca de acá -dijo Igor, arrastrando a Yuri hacia el vehículo en que los esperaba un sonriente chofer.

Los rusos tomaron contacto con asociaciones diversas. En todas partes fueron recibidos sin mayores preguntas por parte de los entrevistados, seguramente porque en su afán de hacer prosélitos se preocupaban mas por convencer a los visitantes que por conocer sus intenciones. En todo caso, tanto Igor en su calidad de guía «turístico», como el libro de Grigori permitían al profesor ir despejando incógnitas aunque ello resultara decepcionante.

Todos los ashrams, como los locales de las sociedades místicas, parecían responder a un mismo modelo. Siempre se trataba de predios amplios rodeados de rejas y custodiados por guardias arma dos. El recién llegado se hacia anunciar y pasaba luego por los jardines hasta el edificio central. Este indefectiblemente contaba con su oficina de recepción. Un gran living utilizado para grandes reuniones, era el centro de paso desde el que se comunicaban las salas de meditación y los dormitorios. En otro cuerpo, se ensamblaban cocina y comedores Separado de lo anterior, los lugares de aseo: baños, servicios sanitarios, lavandería, tendederos de ropa. Todo ello, naturalmente, en estado no satisfactorio. Los ashrams y sociedades mostraban prosperidad, asemejándose a lugares de reposo para gente madura, preferentemente occidental. Unos pocos jóvenes que dormitaban en los jardines eran, en todo caso, adinerados de aspecto informal. La secuencia era siempre igual: conversación en secretaría con algunas encargadas de relaciones públicas y entrega de folletos al visitante, en los que se exponía los cursos a seguir, cada uno con su precio al lado. Había cursos desde una semana hasta cuarenta días, pero era necesario agregar costo de alojamiento y manutención. Los cursos mas económicos se referían a macrobiótica, masajes espirituales, astrología, acupuntura, iriología, cartas del Tarot... Los de mediano precio correspondían a filosofía oriental, bioenergética, medicina alternativa, parapsicología y bio-feedback. Pero el curso más concurrido era el mas caro. Siempre se trataba de una clase personal que daba el gurú en carne y hueso. Por cierto que estaba incluida la expedición de diplomas y el mantram personal, que se llevaba consigo el interesado.

Yuri y su acompañante, para tomar la mayor cantidad posible de muestras, habían terminado por dividir esfuerzos visitando separadamente distintos lugares. Cuando se encontraron nuevamente en el hotel, a fin de redactar las notas de la jornada, era medianoche. En los apuntes del profesor, quedo una pregunta sin responder: «¿Cómo fue que llegamos al ashram de Tensing? No sé que contestar, ni siquiera que pensar de todo esto. ¿Quien lo explicaría mejor: Kárpov o Nietzsky?»

Mayo 30

Esta vez los rusos salieron del hotel vestidos con blusas indias y sandalias. Eran las seis de la mañana. Los hombres tomaron rumbos diferentes. Igor contrató un taxi para su excursión a las aldeas que rodeaban a Patna. También tenia que llegar aquel día a Pusa y Darbhanga. Y si alcanzaba el tiempo, tocaría Madhubani, casi en los limites con Nepal, a unos doscientos kilómetros de Katmandú. Según el libro de tapas marrones, esa era una de las zonas de «encrucijada cultural» y allí se encontraban sociedades en las que formas místicas no oficiales estaban en contínua transformación.

A las siete de la mañana, Yuri entraba en el ashram donde se alojaba Tensing. Dos monjes lo recibieron cortésmente, haciéndolo pasar al cuarto en que había conversado con el lama el día anterior. Nada parecía haber cambiado, no obstante el desastre promovido por Igor. Y, mientras reflexionaba sobre las diferencias entre este ashram y los convencionales, se abrió una puerta con suavidad. Tensing apareció detrás de él, sobresaltándolo.

-Excelencia -dijo Yuri-, le saludo y le presento mis excusas por el incidente de ayer.

El lama tomó asiento en su lugar habitual e invitó al ruso a ponerse cómodo. Inmediatamente entró un monje con té mantecado; saludó ceremoniosamente y desapareció.

-Los malentendidos son cosas frecuentes, señor...

-Tókarev -dijo Yuri.

-Si, son cosas frecuentes, señor Tókarev. Pero en verdad, gracias a esa confusión tengo el agrado de hablar nuevamente con usted. De todas maneras creo que hubiera vuelto aquí -sorbió su té despaciosamente y continuó: -o porque hubiera llegado a sus manos el medallón que le pensaba enviar con su amigo, o simplemente porque usted no preguntó lo que necesitaba saber y por tanto debía volver a hacerlo. Queda claro que fui yo quien habló ayer para orientarlo en algunos temas que posiblemente le interesaban.

Yuri tomo a su vez la taza de té, abrumado por los procedimientos elípticos del lama.

-Pregunte, señor Tókarev, no se limite.

-Excelencia, soy profesor de religiones comparadas en la Universidad de Moscú. El hecho de que este dictando cátedra de temas afines a los míos, en Ámsterdam, me hace mas fácil el dialogo...

Yuri se detuvo un instante buscando el hilo justo de su discurso. Al notar su inquietud, el lama dijo afablemente:

-Profesor, tenga la seguridad de que sus preguntas trataran de ser respondidas cabalmente por mi. No se limite, pues.

-Bien, ¿qué quiso decir ayer con aquello de: «Una tenue línea conecta a los centros de iniciación del mundo. Los Himalaya han dado su mensaje»? Son palabras textuales, excelencia. Las anote luego en mis apuntes de viaje.

-Primeramente, le contestare con algo difícil de aceptar -repuso Tensing-. Los centros de iniciación corresponden a lugares en los que el conocimiento y la práctica «mística» alcanzan los mejores niveles. No son centros de información como las Universidades, por ejemplo. Tampoco son fáciles de encontrar porque la gente, en general, tiene una idea muy diferente sobre estas cosas.

Yuri comprendió que el lama hablaba ahora sin elipses. Ello lo animó a sacar de entre sus ropas una libreta. De inmediato comenzó a tomar nota de las palabras de Tensing. Entonces siguió la explicación.

-En los alrededores del Himalaya, del monte Ararat, de los Andes, y en otros puntos se encuentran estos centros que permanecen unidos. Usted conocerá la leyenda del monte Merú. Ese monte no existe en un lugar preciso. Es, simplemente, el monte que une la Tierra con el cielo. Los centros de iniciación suelen corresponder a un paisaje físico que despierta el paisaje mental del monte Merú. Otro tanto ocurre con las ciudades subterráneas de Agharti y Shambalá. Ellas conectan con el «infierno». Pero tampoco existen físicamente. Son mentales.

Yuri tomaba nota nerviosamente, mientras establecía conexiones con las incursiones de Grigori al Ararat. Para colmo, el comité le había asignado la misión de rastrear cerca de los Himalayas y de los

Andes, pero la iniciativa había partido de él mismo. Todo eso enredaba la comprensión de lo que estaba escuchando.

-El monte Merú -siguió Tensing- produce fuertes terremotos espirituales cuando llega la hora. Nadie puede ver al monte Merú a menos que pida «permiso» a algunos de los guardianes. Estos guardianes no son físicos, sino mentales. Pero el buscador necesita de alguna presencia física, para ser guiado correctamente por los laberintos de su conciencia -se detuvo un instante y continuó-: Atienda a esta recomendación: no se oriente por las apariencias. Un gran maestro puede ser sudra, en cambio, un jefe espiritual reconocido puede estar muy lejos del conocimiento. No busque a los líderes espirituales reconocidos y aceptados, busque perseguidos por ellos. Si usted hubiera vivido en la época en que los grandes maestros espirituales iniciaron su prédica, no los hubiera reconocido porque no tenían aspecto de hombres religiosos. Eran mensajeros del monte Merú: de la misma mente humana que los disparo hacia el mundo. Sin ellos, hubiera quedado el ser humano a merced de las tinieblas de su propia mente.

-Excelencia -interrumpió Yuri-, ¿cómo es esto de que la mente dispara mensajeros al mundo?

-Los seres vivos crean sus defensas. Imagine a la mente como un ser vivo. Imagine que está al borde de la locura. Entonces, desde las luminosas cumbres del monte Merú volarán los mensajeros. Serán los portadores de la luz. Ellos mismos son los que guían a la mente luego de la separación del cuerpo físico, cuando sobreviene la ilusión de la muerte.

El lama calló y quedó inmóvil escrutando a Yuri, mientras este seguía escribiendo mucho tiempo después de haber escuchado las ultimas palabras. Escribía lo dicho por el lama, pero también sus reflexiones sobre la luz. Esa luz al fondo del túnel, antes de su aparente separación del cuerpo físico. Allí, en la cámara de supresión sensorial.

-Excelencia -irrumpió Yuri-, mi formación impide que siga sus desarrollos adecuadamente. Usted comprenderá, son problemas de palabras y de interpretaciones... Pero de una cosa estoy seguro: lo que dice es útil para la investigación que me han encomendado y para mí personalmente.

Tensing, sonriendo, dijo cálidamente: -Profesor, es usted un hombre bueno y con una gran fuerza, pero no sabe todavía lo que busca y eso es extraordinario. ¿Cómo puede llevarse adelante una investigación sin saber que se investiga?

El ruso, al sentirse tocado, adujo mecánicamente: -Busco síntomas de un posible desborde místico que puede aparecer en cualquier momento en el mundo, desequilibrando la situación actual.

Alégrese, profesor Tókarev, está comenzando tal desborde... Como sucede cuando se rompen las contenciones de los hielos y ese río que nace arrastra todo a su paso, así sucede cuando la mente se libera. Luego, las aguas se aclaran y sirven al regadío de los campos.

Yuri se encogió de hombros, conteniendo la respiración. Luego escuchó a su propia voz preguntar desde la garganta, aflautadamente:

-Excelencia, ¿qué se entiende por «Doctrina»?

-«Doctrina» es la enseñanza de todo Buda -respondió el lama.

Y ante tal explicación, Yuri decidió concluir la entrevista. Se sentía defraudado y algo parecido a la indignación crecía en su pecho. Sin embargo, volvió sobre si y dijo: -Excelencia, espero no haber sido desagradable con mis preguntas. Le agradezco enormemente su orientación.

El lama inclinó su cabeza. Luego acerco un cofre y de el extrajo un medallón que deposito en manos del ruso. -Déselo al guardián si quiere ver el monte Merú -concluyó.

Yuri contemplo el medallón de jade tallado y en él alcanzo a percibir un circulo en el que se inscribía un triángulo equilátero. Luego, dando las gracias al lama se puso en pie y, finalmente, dijo con un cierto sarcasmo:

-Excelencia, me imagino que un día podré interpretar sus palabras exactamente. Me inclino ante usted -hizo un gesto de cortesía y salió de la habitación.

Ya en la calle decidió recorrer algunos puntos de la ciudad. En largas horas de caminata, no pudo dar con elementos significativos. Solo curiosidades, como aquella mano que salía de la arena y en la

que depositaban algunas paisas los curiosos. O como aquel otro, parado en una alta columna desde la que vaciaba su cuerpo, a veces sobre un descuidado transeúnte. Según se le explico, el faquir se mantenía allí, en la pequeña plataforma, desde hacia diez años. Alguien le acercaba diariamente agua y su cuenco de arroz en un bambú. En cuanto a las tormentas, el sabía como atarse para no caer. Pero algún día, tarde o temprano, caería desde allí resecado por el sol, en una turbulencia de huesos y guiñapos. Y así también, el varicoso que siempre se mantenía en pie; durmiendo acodado en un columpio, del que nunca se alejo en años. Enfermos, desnutridos, ciegos, locos, ascetas y faquires en un pueblo que tanto había dado al mundo. «Si, la religión es el opio de los pueblos», pensó Yuri al contemplar al viejo que ya había muerto desnutrido poco antes de que el pasara. Allí lo levantarían en el carro, aunque tal vez nadie pagaría la leña de su pira. Y siempre los niños: «Johny; money, money.» ¿Que harían esos seiscientos millones de habitantes? ¿Comerse acaso las vacas en un solo día? Las vacas, sagradas o no, por lo menos vivas seguían dando algo de leche y de ella resultaba también un poco de mantequilla y queso. Afortunadamente, estaban los campos y la racionalización agrícola. Si, estaba todo eso, pero habían tierras consumidas, agotadas por cuatro mil años de trabajo. ¿Y dónde estaban los abonos químicos y la tecnología suficiente? Consideró el contraste: un Estado poderoso armado nuclearmente y un pueblo misérrimo. Pero también las castas, aquellas que fueron legalmente abolidas. Allí estaban como siempre, sin remedio. En muchos lugares de la India existían enormes riquezas y centros culturales y universidades y fábricas, pero nada de ello pudo salvar al viejo que murió y tal vez nadie pagaría la leña de su pira. Por allí paso Alejandro y no quedó de él ni de su imperio más que el recuerdo. Por allí pasaron los mongoles, y otros, y otros más. Pero nada quedó de ellos. Y cuando los europeos quisieron dominarla, toda India, como una gran vaca sagrada se quedo inmóvil y en su silencio milenario los derrotó. Tal vez al final de la historia humana, sobre ese mapa en forma de gran corazón, seguiría vivo el pueblo indio... También el Buda puso en marcha desde allí su piadosa rueda de la liberación porque vio la enfermedad, la vejez, la muerte. Y el mismo Gandhi hizo lo que pudo y a su modo. ¿Qué podía enseñar aquí el eminente Tókarev? Entonces, el vanidoso profesor moscovita amó profundamente a la gran India castigada y a su pueblo, y resucitó cálidamente en su pecho aquella vieja humildad, cuando a los pies de su madre aprendía cuentos y leyendas... Así pasaron las horas y llegó la noche. Pero Yuri no supo encontrar nada importante en su largo recorrido.

Estaba en la habitación trabajando en sus notas, cuando se abrió la puerta. -Profesor -dijo Igor tristemente-, cumplí lo planificado pero sin habilidad para descubrir ni una sola pista.

Allí estaba, en la puerta, sin ánimo para entrar.

-Vamos, vamos, Igor... A veces es imposible encontrar algo que no existe -le alentó Yuri, para agregar amistosamente-: ¿Ha comido usted?

Igor cerro la puerta y camino hasta sentarse cerca del profesor. -Si, claro, he comido -dijo- ¿Cómo fueron las cosas por su lado?

-Como a usted -repuso Yuri-. Hemos terminado con esto. Mañana partiremos a Calcuta y allí se verá qué hacer.

Igor había alcanzado a percibir un amargo abatimiento en el profesor y por ello comenzó a desarrollar su impecable histrionismo. De un salto estuvo en pie. Rápidamente dispuso sillas, almohadones, una mesa y un biombo, de manera que la habitación quedó reordenada. Completado aquello, comenzó a gesticular y a pasearse remedando actitudes y comportamientos que había observado en su fatigosa excursión.

-¡Oh! -exclamo con voz de mujer-. He experimentado la profunda paz del paraíso de los ashrams: venerables santones, verdes pastos, arpegios melodiosos, incienso y sándalo -recitaba, mientras cambiaba de asiento o fingía ruborizarse tapándose el rostro-. Saludos orientales -y se inclinaba hasta el suelo, juntando las palmas-. Palabras de amor. Para todo la palabra «amor». Los monos, los pájaros, los niños y algún cebú eran el decorado necesario para la fotografía que luego había de terminar enmarcada en el escritorio del ejecutivo londinense, o en el estudio del psiquiatra de Zurich. Pero mejor que todo ello era la foto autobiografiada del gurú... ¡a sólo cien dólares!

Igor había terminado por sentarse en el escritorio de Yuri, en posición de flor de loto. Tenia la cabeza cubierta con una toalla a modo de turbante y unas gafas ahumadas reforzaban su pretendido aire

misterioso. Para finalizar tomo algunos libros, su turbante y los ordenados papeles del profesor, arrojando todo hacia el cielo y gritando: -¡Oh Siva, que hermosa es la nieve de Moscú!

Y mientras los dos hombre reían como viejos amigos, entraban por una ventana abierta las primeras gotas de la lluvia de Patna.

Junio 2

Dos días en ese tren, prácticamente descubierto, al que ascendían y del que bajaban en cada parada enjambres humanos. Cuando no quedaba un solo espacio libre, la multitud trepaba a los techos y así efectuaba el viaje durante largos kilómetros. También Igor andaba por los techos hablando en hindú y cantando aires populares. En una especie de estación ferroviaria, Yuri tuvo ocasión de contemplar el espectáculo desde alguna distancia. Igor fingía discutir con los niños, luego tomaba a alguno de ellos y lo colocaba en sus hombros a horcajadas, amenazando con salir a la carrera mas rápido que el tren, llevando a su jinete por montes, selvas, valles y lagos. Pero cuando se escuchó el silbato, bajó a un niño y lo puso muy cerca de él rodeándolo con el brazo. Yuri vio como disimuladamente, paso a sus padres unas rupias y luego todo siguió con cantos.

Habían llegado finalmente a Calcuta. Sin detenerse, se hicieron transportar al templo de Kalighat. Con treinta y ocho grados y una amenaza de lluvia torrencial, el olor graso del lugar resultaba nauseabundo. Una multitud adoraba a Kali. Era una representación en piedra pintada de negro. Sus ojos rojos y sus colmillos feroces presentaban un rostro ensangrentado, peraltado por cabellos erizados de terror. En torno a su cuello, un rosario de cráneos contribuía a decorar a la siniestra bailarina que danzaba sobre un muerto. En una mano blandía una espada, en la otra suspendía una cabeza cortada y con las otras dos bendecía a sus adoradores. Cánticos, oraciones y giros frenéticos aumentaban al acercarse al lugar del sacrificio. Un indio de torso descubierto y ensangrentado decapitaba las cabras que los creyentes ofrecían a la diosa. Con una enorme espada hacia volar las cabezas y entonces los cuerpos sufrían aquellos estertores finales, casi eléctricos. Fue en ese momento cuando un indio se acerco tímidamente a Yuri. Traía de la mano a un hermoso niño moreno, que sonreía también con sus enormes ojos almendrados.

-¡Sacrificio, sacrificio! Solo cien rupias -dijo a Yuri, señalando el cuello del niño.

Entonces el profesor creyó ver como saltaban las cabezas de las cabras y de pronto la del niño, bajo la espada carnicera. Recordó al pequeño Vladi; al cuchillo del pan y al dedo ensangrentado. Las sienes de Yuri latieron con violencia y algo se disparó en él con furia incontrolable. Saltó sobre el indio, tomándolo del cuello mientras este gritaba:

-¡Entonces sólo cincuenta rupias, sólo cincuenta!

Pero Igor intervino a tiempo para liberar al indio, mientras el niño lloraba desconsolado. Así es que, alejado Yuri, su acompañante trabo conversación con el hombre. El profesor vió desde unos metros de distancia como Igor le daba cincuenta rupias y el indio con el niño se alejaban haciendo gestos de agradecimiento. Yuri salto hacia delante en un nuevo acto salvaje, esta vez contra Igor, mientras gritaba:

-¡Usted es cómplice!

Igor lo detuvo aferrándolo de los brazos.

-Profesor -explicó-, el hombre quería cincuenta rupias para hacer sacrificar una cabra a la suerte de su hermanito. El creía lograr una protección de Kali para el niño... Ya ve como no conoce aún las costumbres de los indios. ¿0 creyó que se sacrificaban niños a Kali para deleite de los turistas?

Pero nada resultó tampoco en Calcuta, de manera que volaron al día siguiente a Bombay, la mas grande y occidental de las ciudades de la India.

Junio 3

Un auto desvencijado fue contratado en Bombay para llegar a Poona, a unos ciento cincuenta kilómetros de distancia. En la conversación que Yuri mantuvo con el chofer pudo interpretarlo correctamente. Cada vez que este afirmaba algo, lo hacia negando con la cabeza. Ese gesto contradictorio se lo había destacado Igor, días antes. De manera que a partir de entonces siempre pudo comprender que «no» quería decir «si». Al fin de cuentas en la URSS era común que tanto los lideres, como los artistas del espectáculo, aplaudieran a su publico y esa costumbre tan normal parecía extrañar a los capitalistas.

Llegados a Poona fueron directamente al Amir Hotel. Luego salieron de recorrida, buscando los grupos místicos no oficiales que figuraban en el libro. Terminó la jornada con el fracaso habitual.

Junio 4

Llegaron hacia las 9 de la mañana al ashram de Zaguán. A tiempo para escuchar la disertación. Los fieles, un centenar de occidentales, estaban sentados sobre el césped. El gordo Zaguán en su trono dorado y desde lo alto de una galería, acompañaba los sones de una placa fonográfica que salían por los altavoces. Ora movía sus manos rítmicamente, ora meneaba su cabezota con dulzura. Pero cuando blanqueaba los ojos y mecía sus negras barbas grasientas estallaba el asombro general. ¡Que Paz había en su rostro! «Rendirse ante el maestro -decía una voz en ingles americanizado-, porque aquel que quiere liberarse debe entregar su Ego.» Respondiendo a la consigna, los occidentales pasaban a ponerse de rodillas, acariciando el césped con la cara. Los más afortunados podían llegar hasta el gordo y finalmente besar las medias rosadas que afloraban entre las negras correas de las sandalias.

Los rusos se confundieron entre los discípulos. Yuri se sentó sobre el césped, pero Igor fue derechamente a una silla aislada y vacía que, al parecer, le invitó insidiosamente. Porque en cuanto se hubo acomodado, un griterío histérico hizo presa de varias mujeres que al punto se arrojaron sobre él. Igor se defendió tenazmente, tratando de no soltar algún puñetazo que lastimara a las agresoras. Pero todo fue tan rápido que algunas alcanzaron a desgarrarle la blusa y los bolsillos de sus pantalones. Cuando Yuri llego en socorro de su compañero, ya el gurú se había hecho cargo del micrófono y calmaba a las mujeres.

Tranquilidad, ovejitas mías -profería-, tranquilidad. Debéis comprender que él no conoce el gran significado de esa silla vacía. Esa silla, en la que cada mañana se sienta, para escucharme, el periespíritu del más grande desencarnado de la India.

Las enfurecidas atacantes retrocedieron a regañadientes. Pero lo mas destacado para el profesor fue advertir que zigzagueaban o caían al piso riendo grotescamente. Estaba claro que ya desde temprano había corrido el licor o la droga y algunas pasaban de la ira a la risa desordenadamente.

Luego se explicaría que ciertos estimulantes predisponían favorablemente, en el sentido de «hacer abrir el corazón, a las verdades de Zaguán». La silla quedo vacía nuevamente a Igor terminó por sentarse al lado de su compañero, al cual dijo en voz baja:

- ¡Lo aplasté!

- ¿A quién? -preguntó Yuri.

- Al periespíritu del más grande desencarnado de la India, camarada profesor.

Zaguán deliró durante media hora y, al concluir, muchos agradecidos volvieron a lamer sus medias rosadas. La cosa tomó un giro sublime cuando apareció un gran Mercedes Benz negro al que trepó el gordo ayudado por los discípulos. El auto dio tres o cuatro vueltas alrededor del conjunto arrodillado, mientras el gurú repartía besos desde la ventanilla trasera. Luego bajó en el mismo lugar en que había ascendido al coche y mientras este era devuelto al garaje, el gordo entro en la galería desapareciendo de los ojos profanos.

Dos horas después, los rusos estaban saliendo del ashram cuando fueron alcanzados por dos hombres que ayudaban a una mujer joven de andar vacilante.

- ¿Ustedes vuelven a Poona? -preguntó uno de ellos.

- Sí, ya mismo -dijo Igor.

- ¿No podrían llevar a Ethel? -arremetió el otro.

- Pero, ¿a donde? -inquirió Igor desconcertado.

- Adonde vayan ustedes. Déjennos sus datos y en unas horas pasaremos por ella. Ahora no hay tiempo para dar explicaciones... Escribe los datos, Pierre - ordenó uno de los jóvenes.

- Oiga, Pierre - intervino Yuri-, estaremos esperándolos en el Amir Hotel. Pregunten por el profesor Tókarev. Si no llegan en dos horas, les dejaremos el bulto allí mismo.

Los jóvenes volvieron sus espaldas y regresaron hacia el ashram.

Estaban en la habitación. Ethel no había dicho una sola palabra. Seguía recostada con los ojos abiertos, casi sin pestañear. Mientras, Igor había encargado jugos de fruta y algunos platos convencionales indios. En unos minutos, una nube de servidores entró al cuarto. Dejaron un carro rodante cargado con los encargos y formaron al lado de la puerta para recibir las propinas de Igor. Este fue entregando paisas. Cada uno recibía sus monedas, agradecía negando con la cabeza y salía en orden. Yuri acerco un vaso con jugo de frutas a Ethel, pero esta siguió sin responder. Los rusos optaron por dejar las cosas en la situación en que estaban, a la espera de los jóvenes. Mientras, aprovecharían para ducharse y arreglar sus efectos personales, particularmente maltrechos en el caso de Igor. Poco tiempo después, alguien llamó a la puerta.

- Adelante - invitó Igor.

Y de inmediato se presentaron los dos jóvenes. Tomaron asiento y, luego de beber unos jugos, el más alto dijo:

- Me llamo Kaustila y este es Pierre. Ethel ha estado en el ashram desde hace tres meses. Ayer llegamos de visita y allí la conocimos. Alcanzamos a escuchar su historia, pero hoy ya no hablaba, de manera que decidimos sacarla de allí.

- ¡Ah, ustedes son boys scouts! - ironizó Igor.

- No, somos monjitas de la caridad... - replicó Pierre impetuosamente.

- Bueno, bueno -apaciguó Yuri-. ¿Que tal si dejamos que los señores expliquen el asunto?

- En el ashram quedan cerca de diez cretinos mas, intoxicados como Ethel. Se resisten a salir, porque esperan que Zaguán les dé lo que ellos llaman el «Gran Secreto». Para lograr eso, cada día se preparan reduciendo su cuota de arroz descascarillado - explicó el mas alto.

- Ahora comprendo – atacó Igor-. ¡Ustedes son del Ejercito de Salvación!

- No, somos los nenes del ballet Bolshoi -profirió Pierre.

- ¿Será posible? ¡Rayos! - interrumpió el profesor-. ¿Quieren una pelea callejera? Esta bien, háganla, pero afuera... ¿Y que es eso del Bolshoi?

- ¿No son rusos, profesor Tókarev? En la conserjería nos lo confirmaron. Si, diplomáticos rusos -afirmo Kaustila.

- ¿Y ustedes, que son? -preguntó Yuri con fastidio.

-Yo soy francés y el indio - explicó Pierre, para agregar: - Si los otros no quieren salir, no es problema nuestro, ya que no volveremos. Pero como a esta la sacamos, habrá que ponerla en un avión y de vuelta a Londres, antes de que termine mal. Está totalmente anémica, drogada y sin un centavo. No recuerda donde vive y ha perdido su documentación. Así es que, como los dignos señores del Amir Hotel son diplomáticos de gran vida, tendrán que despacharla de la India.

Ante la mirada atónita de los rusos, los jóvenes sorbieron otros jugos y, dispuestos a salir, Kaustila sentenció:

- Hemos hecho nuestra parte. Ahora cumplan ustedes con la solidaridad internacional. ¿O no están en las Naciones Unidas?

- ¡Un momento! -grito Yuri-. Queremos saber más.

- ¡No hay mas que hablar! - repuso Pierre.

En ese instante, Igor comenzó a reír y a palmear a los visitantes, quienes respondieron también jocosamente, hasta quedar los cuatro sentados y dispuestos a mejorar la situación. Sin ambigüedades, los jóvenes explicaron que seguían la Doctrina y que estaban llevando a cabo un proyecto que les habían asignado.

Donde hay sufrimiento y puedo hacer algo para aliviarlo, tomo la iniciativa -afirmó Kaustila. - Donde no puedo hacer nada, sigo adelante alegremente.

Yuri reconocía perfectamente ese estilo ya explicado por José en Moscú, así es que se dispuso a un intercambio.

- Llevaremos a la muchacha a Bombay, allí la pondremos en manos del consulado inglés pidiendo seguridades sobre su envío a un centro de atención médica en Londres. Y si alguien tiene problemas, la URSS cargara con los gastos de viaje, pero ellos tendrán que arreglar sus papeles para la partida. ¿De acuerdo señores?

- Totalmente -aseguro Kaustila.

Cuando, a su turno, los jóvenes preguntaron por las actividades de los rusos, Yuri aprovecho para relatarles acerca de su investigación, sin ocultamientos. Esa era una de las oportunidades que le interesaba explorar y ya no estaba dispuesto a limitarse por suspicacias. El recuerdo del lama Tensing dio mas fuerza aún a sus intenciones. Y ya que no poda hablar con José, podía hacerlo por lo menos con sus hermanos de Doctrina. Frente a las explicaciones de Yuri, Pierre destacó que ellos sabían sobre el creciente desequilibrio psicosocial y también en torno a la irrupción de nuevos fenómenos místicos perturbadores. Agregó que pronto comenzarían explosiones irracionales en cadena:

- En la década de los ochenta, cuando la crisis energética y la bancarrota económica de los países se generalice; cuando masas hambrientas sin trabajo y sin futuro deambulan en las grandes ciudades entregadas al pillaje y la violencia, el estado mental de las poblaciones se parecerá demasiado a la locura colectiva. Formas místicas atraerán a las multitudes, convirtiéndose en factores de poder.

Los rusos escucharon con interés el punto de vista de los jóvenes. Mas adelante, Yuri consideró: - Supongamos que están en lo cierto. ¿Qué debería hacerse en tal caso?

- Sólo una cosa - argumentó Pierre-, tener a la mano una formidable herramienta de psicoterapia social, capaz de absorber las enormes energías negativas de la mente colectiva y transformarlas positivamente. Para ello, debe haber un «lanzamiento».

- ¿Un «lanzamiento» de qué y para qué? -interrumpió Igor, haciendo un esfuerzo por confundir el diálogo-. ¡Ah!, muchachos, yo quisiera saber si son chicos de un colegio religioso o sociólogos altruistas, preocupados por el buen funcionamiento colectivo.

-Le contestaré con una declaración que hacemos públicamente: «Mi Doctrina dice que puedo creer o no creer en Dios. Mi Doctrina dice que puedo creer o no creer en la inmortalidad. Mi Doctrina explica que puedo y debo aprender a superar el sufrimiento.» Y de acuerdo a ello -continuó-, tiene ante usted las dos opciones. Kaustila es ateo y yo creyente, pero ambos sabemos que el sufrimiento no es bueno. Usted dirá que en su país no hay sufrimiento. Si eso fuera cierto, seria el paraíso de la Doctrina. Pero si se equivoca, algo va a explotar también allá.

Ethel, entre tanto, se había puesto en pie tratando de llegar hasta los hombres. Kaustila aprovechó para sentarla y darle cuidadosamente de beber, alimentándola con pequeños trozos de pollo frío.

-Gracias -dijo al final la muchacha, volviendo a su cama.

Hubo intercambio de miradas y gestos en silencio. Y en ese momento, brevemente, una corriente fraternal tocó al conjunto.

-Nos vamos -amenazó Pierre.

- Díganme - los retuvo Yuri - ¿qué posibilidades hay de que, precisamente ustedes, canalicen la supuesta explosión?

- Ninguna - replicó Kaustila-. Nosotros somos unos pobres gatos locos, sin medios, sin presión de número. Faltando planteos de masa seductores, no es posible canalizar nada. Le repito algo dicho

antes: «Donde hay sufrimiento y puedo hacer algo para aliviarlo, tomo la iniciativa. Donde no puedo hacer nada, sigo adelante alegremente.»

- Algo más - pidió Yuri-. ¿Dónde está el epicentro de ustedes?

- Profesor Tókarev - ironizó Pierre-, nosotros no somos un terremoto local... somos policentro. Si, en cambio, quiere saber en que lugar se originó la Doctrina, puede investigar en los alrededores de los Andes. Pero allí no va a encontrar un ashram. Recuerde: «somos unos pobres gatos locos» y, para colmo, dispersos por el mundo. Pero le aseguro una cosa, si existe alguna posibilidad de evitar que en el desorden futuro los psicópatas lancen sus misiles, nosotros intervendremos. Haremos nuestro propio lanzamiento para desactivar sus bombas...

El diálogo había concluido extrañamente.

Cuando los jóvenes salieron, los rusos comenzaron a preparar su partida. El profesor tuvo tiempo para escribir algunas notas, pero en ellas no hizo referencia a la chispeante mirada de advertencia que había observado en los ojos de Pierre.

Junio 5

Esa noche, Yuri saldría de Bombay hacia París. Allí tendría el tiempo justo para trasbordar. Finalmente, llegaría a Latinoamérica. En menos de dos días se encontraría en uno de los lugares más remotos de la Tierra, cerca del Polo Sur. Decidió eludir su última posibilidad de investigación, sumergido en ordenar las notas sobre la India. Igor se encargaría de Ethel, confirmaría el ticket de vuelo y, seguramente, daría algunas vueltas antes de la partida hacia el Santa Cruz Air Port.

Eran las ocho de la mañana cuando Igor llegó a la mesa en que Yuri seguía trabajando. Este había permanecido en el salón del hotel con los reducidos bultos, desde muy temprano.

- ¡Camarada profesor, todo en orden!

- ¿Así es que no hubo problemas, Igor?

- Con nadie. Los ingleses lo tomaron como algo normal y se encargaron de Ethel. Los de Air India confirmaron. Acá está su pasaje - y lo extendió a Yuri.

Luego, mientras esperaban el embarque, Igor expreso buenos deseos a su compañero.

- Espero, profesor - dijo-, que allí lo estén esperando con mucha anticipación, como ha sucedido en la India.

Ustedes tuvieron pocos días de espera. Mi viaje fue decidido el 24 de mayo y llegue a Nueva Delhi el 27. Tres días solamente.

- Se equivoca, profesor - dijo lentamente Igor.- Desde hace cinco meses anunciaban su viaje en partes de Telex: «Yuri V. Tókarev - Doc. Soc.140.392.388 - Domiciliado Dyietigara M 6/25 U.Moscú - Nacido julio 7; 1940 Novgorod - 1,85 mts. 78 kgs. Tez blanca. Pelo cobrizo. Ojos azules. Ninguna señal visible - Trabajador intelectual. Investigador social. Profesor religiones comparadas. U.Moscú - Casado. Dos hijos - Prepare recepción y acompañante calificado gira interior ese país. Stop.» Luego, el telex se retractaba, cancelaban su partida y vuelta a empezar...

Vuelo 126 Bombay, París. Ultima llamada para embarcar. Puerta num.3 -interrumpió el altavoz.

El profesor había empalidecido. Igor besó sus mejillas. Luego dijo sonrientemente:

- Ni usted es un simple profesor, ni yo soy un simple guía turístico... Los télex entraban en clave a nuestra línea, directamente desde el Ministerio de Defensa. ¡Buen viaje, camarada!

Junio 6

En la sala de conferencias, un reducido publico vio el filme en el que una rata enjaulada trataba de morder al objeto incandescente, despreciando el queso que aparecía a su lado. En un momento, la rata perdió fuerza. Luego cayo sobre uno de sus lados y comenzó a patalear violentamente, quedando al poco tiempo inmóvil. Estaba muerta. La película mostró a la Tolmacheva, mientras era asistida por el biotrónico. Mas adelante, un minúsculo vehículo eludía los objetos que encontraba a su paso. Era tan pequeño como un auto de juguete. Sus ruedas delanteras se movían a derecha a izquierda con precisión, desplazándose sobre una mesa de acrílico transparente. La cámara se acercó al objeto en movimiento, delatando un fenómeno insólito: allí no había ningún sistema de impulsión... ni cuerda, ni motor. Durante varios minutos, el aparato siguió maniobrando al tiempo que se lo mostraba desde todos los ángulos. Había terminado una parte del espectáculo. Nietzsky, desparramado en su butaca, exclamó en voz alta:

- Si la Tolmacheva logró invertir los impulsos de la rata con una fuerza que terminó desorganizando su sistema nervioso, no es absurdo suponer que podría haber influido en decisiones mas simples actuando sobre un cerebro humano.

Uno de los concurrentes pregunto: - ¿Que posibilidad hay de que la Tolmacheva, así como desplaza el coche a voluntad, influya en el circuito de un misil, o en un percutor nuclear?

- Ninguna -replicó Nietzsky-. Está irremisiblemente loca y al borde de la muerte.

La sala se oscureció y apareció en pantalla Tókarev entrando en la piscina de supresión sensorial. El vapor obstruyó la escena en que el sujeto flotaba apoyado en una banda de caucho. Luego de una interrupción, se vio a dos hombres dialogando en un pequeño cuarto.

- Se trata de alucinaciones muy estudiadas por nosotros -dijo el psicólogo.

- ¿Y si en esa alucinación, llegando hasta mi casa, hubiera visto al pequeño Vladimir cortarse un dedo con el cuchillo del pan?

-Seguiría la misma cadena alucinatoria. Convénzase, Tókarev, no hay un «algo» que se desprende del cuerpo. Solo alucinaciones.

- ¿Hay un teléfono a mano?

- Desde luego - asintió Kárpov.

En el filme se vio a los dos hombres pasar a un cuarto contiguo. Yuri tomó el teléfono y deslizó sus dedos por el teclado. El sonido de llamada se escuchó en la pantalla de proyección. De pronto contestaron en el otro extremo de la línea. La voz del pequeño Vladimir se percibió amplificada.

- ¿Quién es? - dijo Vladimir.

- Tu papá... ¿no me conoces, Vladi? - preguntó suavemente Yuri.

- Papá, papá... ¿cuándo vas a venir? Tienes que venir... me he cortado un dedo con el cuchillo del pan.

La pantalla quedó en blanco y se encendieron las luces nuevamente. El biotrónico, desparramado en su butaca, explicó:

- Cuando se publicó el artículo de Tókarev en la revista, varias frases eran exactas, textuales, calcadas de las que aparecían en el memorándum que había llegado a nuestras manos un mes antes. Además, su apreciación general de los hechos correspondía a lo explicado en ese trabajo recibido en una de nuestras Embajadas en América del Sur. - Nietzsky se detuvo un instante, para acomodarse erguidamente. - Sí, el memorándum fue entregado en nuestra Embajada. De allí lo remitieron como curiosidad a Moscú. Como dicha curiosidad se refería a «profecías», llegó finalmente a nuestra sección. Ustedes saben que los biotrónicos y parapsicólogos somos brujos de nivel universitario. - La concurrencia rió y cuando se apagaron los murmullos, Grigori tomo la palabra.

- La primera profecía se cumplió al detalle. Se refería a los suicidios de Guyana. Entonces articulamos una comisión que se dirigió al Ministerio de Defensa con pruebas a la mano. Allí fuimos

recibidos con frialdad, pero de todas maneras se nos encargó la formación del comité. Al principio pensamos enviar a Tókarev a la India y Latinoamérica, porque el memorándum terminaba precisamente con esa frase: «Los saludamos cordialmente, esperando verlos en la India y América del Sur.»

- Una y otra vez comenzamos a interrumpimos el proyecto -dijo una mujer de aspecto armenio-. Luego las «profecías» se fueron cumpliendo. Una tras otra: la revolución de Irán, los desplazamientos del Papa, etcétera. Finalmente y cuando se produjeron los accidentes nucleares en Estados Unidos, el Ministerio estaba enardecido y nos conminó a. movernos.

- Entonces -dijo Grigori-, sin tener perfeccionado todavía un buen método de interpretación, lanzamos al profesor Tókarev a la aventura. ¡Pobre Yuri!

El biotrónico estaba en pie y se dirigía ahora a los miembros del comité en pleno.

- El memorándum terminaba: «Los saludarnos cordialmente, esperando verlos en la India y América del Sur.» La primera parte se ha cumplido, de manera que también ocurrirá con la segunda. Nuestro agente, Igor, informó desde la India que trató de crear malentendidos y bloqueos en torno a Tókarev. Sin embargo, este siempre logró orientarse hacia contactos decisivos. Sabemos que los seguidores de la «Doctrina» se entrevistaron con ellos y que, además, les llevaron a una joven, Ethel, para que la introdujeran en el Consulado británico de Bombay. Ethel, por supuesto, era parte de la trama, como descubrió Igor. En el Consulado contó a los ingleses las explicaciones que había escuchado de Tókarev en un hotel de Poona. Los ingleses, a su vez, habían recibido un memorándum parecido al nuestro, de manera que ahora están tras los pasos de nuestro singular profesor. - Hizo un silencio y continuó: - Como los americanos enviaron a su periodista famoso, para detectar que conocimiento previo tuvimos de Guyana y el Irán, es también lógico pensar que ellos recibieron otra copia del memorándum.

- Vaya uno a saber -interrumpió Grigori risueñamente- si no encontraremos un cocktail diplomático en América del Sur.

- ¡Un cocktail Molotov! - dijo Kárpov, agregando: - El hecho es que nos están succionando hacia un punto y allí vamos sin saber de que se trata.

- Señores – pontificó el biotrónico-, si ellos pudieron influir sobre el cerebro de Tókarev para la redacción de su artículo en la revista y Tókarev tiene cualidades de sensitivo, como hemos visto en la película, no es absurdo utilizarlo como «radar» para detectar a esos sujetos tan interesantes que dicen seguir la «Doctrina». Recuerden que en una parte del memorándum ellos explican que harán su propio lanzamiento capaz de desactivar nuestros misiles. La pregunta es: ¿Tienen suficiente desarrollo mental como para actuar a nivel estratégico? Nos han demostrado adelantarse a los acontecimientos, pero, claro está, eso no garantiza que puedan cambiar las cosas.

Junio 7

Mientras el avión perdía altura, Yuri veía alejarse allá abajo, a los diminutos barcos que dejaban su blanca estela en el océano. Reflexiono brevemente sobre el estado de la investigación. Miles de kilómetros, cientos de lugares sin objetivo cierto. Luego recordó a Igor. Si aquel le hubiera contado desde el primer momento que en la India lo esperaban hacía meses, todo hubiera cambiado. O tal vez nada hubiera cambiado. Por otra parte, ¿qué impidió que le preguntara lo que en un momento sospechó? Había tenido la sensación de que la historia sobre el lama que aquél venia a contarle, ya la sabía y también sabía que en la India lo esperaban desde hacía meses. Pero no pudo preguntar a Igor. Sonrió, mientras recordaba a su buen amigo. En efecto, él era algo mas que un «guía turístico». Cada vez más nítida iba apareciendo la ciudad de Buenos Aires. Asoció libremente. «Latinoamérica, Argentina, Buenos Aires, vacas, fútbol, tango, Che Guevara.» Consideró la situación de ese remoto lugar, desde el punto de vista de su investigación. La religión era prácticamente de Estado. Sin embargo, hacía veinticinco anos, grupos enardecidos incendiaron iglesias. Después, un astrólogo se apodero del gobierno. En el norte de ese país, quedaban confusos rituales del culto incaico. Y desde el Este venían avanzando los ritos afro-brasileños con su Macumba, Umbanda y Candomblé En el Oeste,

en los limites con Chile, el avistaje de UFOS era uno de los más frecuentes del mundo. Tal vez un pequeño modelo de encrucijada cultural. Sin embargo, seria un lugar aburrido ya que en el libro de Grigori apenas si figuraban algunos grupos espirituales de interés. Debería seguir a los lugares previstos: Santiago de Chile y La Paz. Luego, y de regreso a su patria, tocaría Río de Janeiro. Entretanto, llegaba a Buenos Aires. Un lugar de paso y, sobre todo, de contacto con la embajada. El avión comenzaba a desplegar su tren de aterrizaje, mientras por los altavoces se escuchaba una música cantada en español:

Todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo camino, camino sobre la mar.
Caminante, son tus huellas el camino y nada más.
Caminante, no hay camino sino estelas en la mar.
Hace algún tiempo en ese lugar,
donde hoy los bosques se visten de espinas,
se oyó la voz de un poeta gritar:
«Caminante, no hay camino, se hace camino al andar.»
Golpe a golpe, verso a verso, se hace camino al andar...

Las ruedas del Boeing chillaron en la pista y al avión rebotó una, dos y tres veces. «Golpe a golpe, verso a verso», pensó Yuri. Estaba en Buenos Aires.

Se repitieron las situaciones que conocía bien. Desde el «Soiuds Sovietskij Sotsialistichieskij Riespublik» del automóvil que le transportó, hasta la recepción en la embajada, dada por Galina, la equivalente femenina de Igor. Pero no necesito de su atractiva compañía por cuanto pasaría a otro país rápidamente. Sin embargo, Galina le explicó que tal vez tuviera que cambiar de rumbo, debido a ciertos problemas diplomáticos que se presentaban. Yuri argumento que su función no era política sino científica y que, en todo caso, el pasaporte diplomático y la colaboración de las embajadas era a los efectos de facilitar sus funciones... Ya vería que hacer mas adelante. Pero, de inmediato, debía partir de Buenos Aires. Frente a una pregunta, Galina confirmó que desde hacia cinco meses se recibían partes de telex anunciando su llegada. Además, comentó que un memorándum con ciertas «profecías» fue entregado anteriormente en esa misma embajada. Lo había entregado un señor respetable, que no pudo ser hallado, cuando desde Moscú se dieron instrucciones para que se tratara de mantener algún dialogo con el. Entonces, la funcionaria estableció relaciones entre ambos hechos, debido a las actividades profesionales de Yuri. A partir de ese momento, la premura del profesor se intensificó. Sin embargo, decidió ordenar sus ideas. Tomaría un tren hacia alguna ciudad fronteriza, próxima a Santiago de Chile. Sabía con certeza que tenia que llegar a la cordillera de los Andes. Galina resolvió todos los detalles y esa noche despidió a Yuri en la estación del ferrocarril.

Junio 8

Había viajado mas de mil kilómetros por una extensión casi vacía y plana en que la tierra se confundía con el cielo. A veces, pequeños pueblos. Y siempre vacas, como en la India. Pero el paisaje fue cambiando, haciéndose áspero a medida que el tren se aproximaba a su destino. Por la ventanilla izquierda Yuri veía agrandarse, a medida que pasaba el tiempo, una extendida línea blanca. Ya, a media mañana, el perfil de los Andes era neto. Allí estarían el Tupungato, el Plata y el Aconcagua. Ante un violento cielo azul, se levantaba el «techo de Occidente», esperándolo. Cuando el tren se detuvo, Yuri bajó lentamente la escalerilla. Por la estación se desplazaban unas pocas personas. Un cartel le indico el lugar en que se encontraba. Silabeo: «Mendoza». Desde allí partiría internándose

derechamente en los Andes, hacia alguna población fronteriza con Chile. El frío cortante le recordó por un instante a su lejana Moscú.

- ¿Pa'qué lugar va, don? -le preguntó un taxista apoyado en la puerta de su coche.

- A un hotel. Tiene que ser próximo al centro comercial -dijo Yuri.

- ‘ Ta bien. El Hotel Aconcagua, entonces.

Partieron. En el trayecto, mientras Yuri veía pasar las achatadas construcciones provincianas, algo hirió sus ojos. Miro por la ventanilla trasera, pero ya había perdido de vista el objeto. Sin embargo, un semáforo en rojo detuvo la marcha del auto y a su derecha, en una pared, apareció el circulo con un triángulo equilátero inscrito. Estaba pintado a la carrera, como clandestinamente.

- ¿Qué es eso? -señaló Yuri.

El taxista miró y se encogió de hombros, sin responder. Al poco tiempo, llegaron al hotel. Pero el viajero sentía que algo se movía en su interior. Al parecer, las posibilidades de contacto aumentaban. Pero, «¿contacto con qué?», se preguntó. Porque si bien el símbolo era similar al del medallón que le entregara Tensing, encontrar tibetanos en estas latitudes resultaría difícil. A menos que el lama hubiera logrado permiso para establecer una colonia agrícola de sus refugiados... Por ultimo, tal símbolo era muy difundido en el mundo. Podría ser el emblema de un producto comercial, un club, o un partido político. Pero Yuri necesitaba averiguarlo.

Una hora después, el profesor caminaba por el centro comercial de la pequeña ciudad. Entro en la agencia de viajes Alfa. No había nadie que atendiera. Casi al abandonar el local, apareció por una puerta un hombre corpulento que avanzó muy despaciosamente, al tiempo que inquirió:

- ¿Que necesita?

- Quiero saber cómo llegar a Santiago de Chile.

- Puede hacerlo en avión, tren, o coche colectivo. Claro que, tal vez, este último medio sea inutilizable. Cuando nieva mucho, clausuran el paso terrestre -explicó displicentemente el hombre. Luego hizo una pausa y preguntó-: ¿Extranjero el señor?

- Sí -repuso el ruso.

- Entonces, tendrá que llenar una tarjeta.

- ¿Podría suministrarme algunos mapas de la zona por la que voy a pasar? -demandó Yuri.

- Mire -dijo el hombre-, si va al Departamento de Turismo le van a informar sobre todo lo que quiera saber - y se fue caminando despaciosamente hasta desaparecer por la puerta.

El profesor salió de la agencia y a los pocos metros encontró el lugar que se le había mencionado. Una mujer joven le dio algunos mapas rudimentarios preparados para los turistas. Yuri aprovechó el buen talante de su interlocutora para arriesgar algunas preguntas.

- ¿Hay colonias agrícolas extranjeras por los alrededores?

- Si, hay colonias de japoneses, que se dedican a las flores.

- ¿Y colonial tibetanas?

- Señor -dijo ella-, si va hasta el Diario, allá le explicaran todo eso. Ellos están informados sobre todo lo que pasa en Mendoza.

Yuri consideró que era una observación bastante primaria, pero con sentido común. Llegado al Diario, preguntó a un empleado sobre personas autorizadas para dar información. A su vez, este se interesó por conocer la identidad del consultante, de manera que Yuri extrajo su pasaporte destacando que era ruso. A los pocos minutos, el Director lo hacía entrar a su despacho, con gran deferencia.

- ¡Así es que tenemos el agrado de recibir a un diplomático ruso! Seguramente habrá llegado a Mendoza a contactar con nuestros exportadores de vinos y mientras hablaba, oprimió un botón-. También exportamos frutos secos y cebollas de primera calidad. ¡Estados Unidos es un gran comprador de nuestros melones!

Un empleado interrumpió la explicación.

- ¡Prepare una entrevista! ¡Traiga los fotógrafos! -gritó el Director al que recién entraba. Y mientras el individuo salía a la carrera, continuó con sus consideraciones:

- Este es un excelente mercado de ajos...

- Quisiera decirle que he preferido mantener el anonimato -interrumpió Yuri.

El Director carraspeó. Oprimió nuevamente el botón y sonriendo forzadamente dijo: -Comprendo, comprendo. Primeramente tendrá que hacer todas las gestiones con el empresariado local.

- Por supuesto. Por ejemplo -arremetió Yuri- necesitaría hablar con gente de las colonial agrícolas.

- Si, claro, los japoneses. También exportamos flores.

- ¿Y tibetanos?

El director enmudeció, al tiempo que se abría la puerta para dar paso a un tropel de periodistas, pero un gesto los hizo desaparecer.

-¡Aquí no hay tibetanos!

- Yo he visto sus símbolos en las paredes. Son círculos con triángulos en su interior.

El director abrió la boca y frunció el ceño. -¡Que van a ser tibetanos! ¡Son unos tipos que periódicamente ensucian las paredes de la ciudad mas limpia del mundo!

Inexplicablemente, había perdido la compostura. Estaba rojo. Desprendió el cuello de su camisa y aspiro profundamente: - ¡Tibetanos! Son unos pobres gatos locos que se dicen seguidores de una «Doctrina» - luego, finalizó en frenético alegato-: Están contra la religión y las buenas costumbres, pero ya les han matado a varios y otros están deportados. ¡Habría que matarlos a todos!

Yuri sintió que un frío recorría su columna. Entonces un torbellino de imágenes se hizo presente. Era un caleidoscopio en el que aparecieron José Fuentes, Tensing, los jóvenes de Poona. En la cima del Ararat estaba Grigori buscando algo que no encontraba, mientras la diosa Kali danzaba siniestramente. Sintió que todo giraba mientras se desplazaba por un túnel a gran velocidad.

- ¡Nosotros exportamos muy buenos productos! - rugió el Director.

Yuri creyó caer desde una nube. Tenía delante de si a un burguesillo magro que se agitaba tras un escritorio en la oficina de un periódico de provincia. Un hombrecito que estaba ubicado a 33° latitud sur y 69° longitud oeste del meridiano de Greenwich. Decía que había que exportar cebollas; que «unos pobres gatos locos» no podían desviar una conversación sobre frutas desecadas. Afirmaba que el Ministerio de Defensa de la URSS y eminencias como Kárpov y Nietzsky no sabían que era lo mas importante. Aseguraba que los melones exportados a Estados Unidos frenarían la explosión psicosocial.

- ¿Quién puede informarme sobre esos seguidores de la Doctrina? -interrumpió Yuri con violencia.

El director esquivó el rostro como si hubiera recibido un guantazo. Luego entrecerró los párpados fingiendo recordar y dijo débilmente:

- Seguramente un periodista que tuvimos acá hace unos años. Trabaja ahora en la agencia de turismo Alfa. El los entrevistó una vez y eso le costo el puesto.

Salió del Diario a la carrera. Supo que el hombre robusto lo estaba esperando y que los símbolos de las paredes no estaban dirigidos al Director. Tal vez eran faros, señales que periódicamente se encendían para aquellos que sabían verlos. Se preguntó si antes que el habían orientado a otros buscadores. Cuando llego a la agencia, el hombre robusto escribía a maquina.

- Perdone que vuelva a molestarlo -se excusó Yuri-. Pero necesito hablar con algún seguidor de la «Doctrina».

El hombre dejo de escribir y puesto detrás del mostrador movió negativamente la cabeza. Luego preguntó:

- ¿Qué doctrina?

El profesor extrajo el medallón y lo mostró. Cuando el hombre terminó de examinarlo, comentó con desdén:

-Parece una piedra de calidad. Si quiere, lo puedo mandar a un viejo que sabe mucho de piedras. Si él dice que es buena, será así nomás. ¿Que le parece?

Yuri asintió.

- ¿Consiguió los mapas? -preguntó el hombre.

- Aquí los tengo -mostró Yuri.

- Pues bien, tírelos, porque no le van a servir -dijo el hombre con displicencia-. Ahora escuche: usted debe llegar a un pueblo, mejor dicho, debe llegar a un grupo de ranchones viejos. El lugar se llama «Punta de Vacas». Está cerca del límite con Chile. Un coche colectivo sale todos los días a las seis de la mañana desde la terminal de ómnibus. Llega al lugar al mediodía. Lleve ropa de montaña. La población ha enloquecido porque la energía del lugar es muy intensa. No se preocupe por eso. -Hizo una larga pausa mientras Yuri tomaba nota. Luego continuó: -Pregunte por don Vergara. Si tiene suerte, encontrará al viejo pialando algún animal. Entonces muéstrele la piedra y dígale que viene a verlo desde muy lejos, porque el sabe mucho de eso -se interrumpió y cerró la conversación solemnemente: - Ahora, déjeme seguir preparando un plan de viaje que esperan mil clientes.

El hombre giro sobre si y se lento a la maquina sin esperar respuesta.

- Le estoy muy agradecido -dijo Yuri en voz baja.

El hombre no se digno a contestar. Yuri salió en busca de la terminal de ómnibus, para arreglar la partida al día siguiente. Tendría, además, que comprar equipo de montaña. Pero no sabía cómo resolver el último problema. El hombre había dicho: «La población ha enloquecido porque la energía del lugar es muy intensa. No se preocupe por eso.» Decidió no preocuparse.

Junio 9

- ¡«Punta de Vacas»! -gritó el conductor, al tiempo que detenía el coche colectivo. Yuri descendió. El chofer le arrojo la mochila. -Buena suerte -le gritó. Y arrancó a toda velocidad, llevando unos quince pasajeros que seguían a Santiago de Chile. Estaba solo a la vera del camino de tierra. Giró completamente sobre si mismo y se vio encerrado en un enorme agujero rodeado de montes nevados. A pocos metros había una construcción con un cartel: «Escuela», decía. Mas lejos una especie de guarnición militar. A la derecha, unas agrupaciones de madera que parecían ser viviendas de personal ferroviario. Por último... los ranchones viejos y la hostería. A excepción del viento que golpeaba su rostro y que silbaba entre los techos de la escuela, el paisaje parecía inmovilizado. Camino unos pasos. Luego llamó a la vieja puerta de la escuela. Dejo pasar un tiempo y volvió a golpear. Al momento, una mujer de edad indefinida lo atendió.

- Buen día -dijo Yuri-. Busco a don Vergara.

La mujer lo miró de arriba abajo y luego de abajo hacia arriba.

-Pase, pase... tome un mate, que hace frío -invitó amistosamente.

El ruso pasó. La mujer cerró la puerta y caminaron hasta una maltrecha habitación. Un cierto olor a keroseno quemado inundaba el cuarto. Todo estaba en desorden. Sobre la estufa, el agua hervía en su recipiente de aluminio. La mujer hizo un gesto y Yuri, dejando la mochila, se apoyo en una cama destartalada.

-Soy doña Juanita -explicó-, la maestra de Punta de Vacas. En invierno la escuela está cerrada, pero yo siempre vivo aquí.

Ella maniobraba con una pequeña calabaza de la que salía un tubo metálico. Cuando terminó de llenar el aparato con agua hirviendo llevó el tubo a su boca y comenzó a sorber.

- ¿Usted es gringo, no? -preguntó con el tubo entre los labios.

- No, soy ruso -aclaró el profesor.

- ¡Ah, Rusia! Mire, don Vergara debe estar cerca. ‘Ña Pepa se lo va a ubicar.

Repitió la operación de llenar el aparato con agua hirviendo y luego lo alcanzó a Yuri.

- Tómese un mate. Cuidado con la bombilla -advirtió-. Si es gringo, se va a quemar la boca.

Yuri succionó y se quemó la boca. Luego intentó nuevamente. Un liquido hirviente y amargo pasó por su garganta. Doña Juanita lo observaba sentada en una silla. El profesor siguió chupando con la mayor compostura, hasta que un ruido anunció que la absorción final había agotado el contenido de la calabaza. De pronto se escucho un golpear violento en la puerta de entrada. La mujer saltó como un resorte y salió corriendo en esa dirección, al tiempo que un individuo abría la puerta de un empellón. Yuri se encontró fuera de la habitación conservando el mate en la mano.

- ¡Yo te voy a dar! -gritó el hombre abalanzándose sobre la maestra. Pero esta corrió, colocándose detrás del ruso-. Y a vos también te la voy a dar. ¿0 te crís que no te vi dentrar pa'dentro? -dijo amenazadoramente al ruso.

- ¡Belisario, Belisario, pará... él solo busca a don Vergara! –gimió dona Juanita.

- Claro, y vos lo tenís guardado entre las cobijas. Yo ché -gruño mirando ferozmente al profesor-, yo no te conozco, pero mejor te hacés humo, antes que me desgracie con vos.

Yuri entró en la habitación y levanto su mochila. La colgó en el hombro izquierdo y se dispuso a partir. El Belisario, al verlo avanzar, retrocedió y salió de la escuela a paso vivo. Cuando el profesor volvió sobre si para despedirse de la maestra, observó que ella estaba de rodillas con las manos juntas y murmuraba débilmente:

-Agradezco a los cuarenta mártires que el Belisario no se haya desgraciado conmigo y con el gringo.

Después se incorporó y como si nada hubiera sucedido preguntó: -¿Le gustó el mate?

El ruso asintió con la cabeza. Luego pidió instrucciones para llegar a lo de Ña Pepa. Salió de la escuela y caminó unos doscientos metros. Al llegar al ranchón, una mujer lo hizo pasar. Sentada ante una mesa, estaba Ña Pepa. Frente a ella, un individuo vestido como el Belisario la consultaba.

- Quiero saber si me van a trasladar pronto -demandó el ferroviario.

Todo quedó en silencio, pero inmediatamente se escuchó una voz que pareció llenar la habitación: «¡Síiii!», resonó.

- Ya ves, el anima del difunto te ha contestao... Dejá mil pesos.

El hombre, visiblemente impresionado, le alargó un billete a la vieja y ésta lo guardó en un cajón. El ferroviario salió saludando a los tres concurrentes que llenaban el cuarto.

- Güeno, ahora vos -dijo ‘Ña Pepa, señalando al ruso.

Yuri ocupó la silla y preguntó: -¿Dónde puedo encontrar a don Vergara?

Y la habitación se llenó con un «¡Síii!» Entonces, habiendo identificado el punto de emisión sonora, el profesor golpeó la alfombra bajo el centro de la mesa, con su pesado borceguí. Inmediatamente la alfombra se agitó y la mesa comenzó a moverse fantasmalmente. La mujer que estaba en la puerta echó a correr gritando. Finalmente, la mesa cayó al suelo. Se levanto la alfombra y quedó al descubierto un hombre que comenzó a salir trabajosamente de su escondrijo. Estaba lleno de tierra. En una mano exhibía una botella de aguardiente.

- ¡Viejo bruto! -gritó `Ña Pepa-. ya estás de nuevo en pedo. ¡Mirá lo que has hecho!

Yuri optó por salir, para evitar complicaciones. Estaba parado fuera del ranchón, cuando vio correr a varias personas en dirección a las casillas de los ferroviarios. Le pareció que se dirigían especialmente a una de ellas, porque en su techo divisó, a la distancia, una figura que gesticulaba. Llegando al lugar, recibió varios empujones de la gente más retrasada, que venia a contemplar el espectáculo. Él sujeto, subido al techo de la casilla, amenazaba:

- ¡Lolita Barceló, si no te casás conmigo, me tiro!

Mientras tanto, la opulenta Lolita se colgaba dramáticamente del cuello de su padre, sin duda el señor Barceló.

- ¡Papá! -se lamentaba.

- ¡Lolita...! -repitió el sujeto. -Pero no pudo terminar la frase, porque una chapa de zinc que le servía de apoyo se corrió bajo sus pies. El hombre perdió el equilibrio y el gentío gritó. Entonces el suicida cayó sobre un pasador del techo, quedando colgado de los pantalones. Y, mientras el accidentado se bamboleaba, Barceló daba instrucciones: -¡Traigan una escalera, hay que sacarlo de allí - Pero el viejo

no se movía ni una pulgada del lugar, limitándose a acariciar los pocos y alargados pelos de su barba Ho-Chi-Min. Finalmente, el suicida logró manotear una saliente del techo y pudo desprender su pantalón. Se aferró posteriormente, ayudado con los pies, y fue descendiendo por las irregularidades de la casilla. Ya a salvo, Lolita corrió hasta el y lo besó. El público comenzó a reírse y aplaudir, mientras Barceló seguía acariciando sus barbitas.

Yuri considero su situación. Desde hacia una hora, pasaba de accidente en accidente sin llegar al objetivo. Entonces preguntó en voz alta a la concurrencia:

- ¿Don Vergara está por aquí?

- ¡Está en el matadero! -respondió un coro de voces, al tiempo que le señalaban el lugar.

Camino cien metros hasta llegar a una suerte de redil. Pronto sintió cierto olor pegajoso característico y vio a un hombrón que daba un fuerte mazazo en la cerviz de un toro negro. El animal se desplomó con el cráneo destrozado. De inmediato, un largo cuchillo se hundió en la garganta de la víctima. Al extraer el acero, un chorro de sangre comenzó a salpicar intermitentemente. El hombrón acercó un recipiente que se llenó, desbordando el contenido escarlata. De la sangre en la tierra y el jarro, subía un grueso vapor animado por la frialdad del ambiente.

¡Güeno pá la salú! dijo el verdugo, apurando el contenido del recipiente.

Pronto se acercaron unos muchachos que comenzaron a cortar la piel del animal con la velocidad que solo podía dar un oficio sostenido. Indudablemente, estaba en el matadero.

- Buen día -dijo el profesor-; ¿está don Vergara?

- Pá servirlo -respondió un viejo, acercándose desde el costado del redil.

El pequeño hombre se acercaba lentamente. Tenia unos sesenta años. Su piel morena, curtida por los vientos y las nieves, garantizaba una vida ruda. Caminaba sin apuro. «Ojos rasgados; nariz aquilina; labios finos ligeramente burlones», se dijo Yuri. El pelo, seguramente negro, estaba tapado por una suerte de gorro frigio calzado hasta las orejas. Enfundado en su poncho negro y meneando un lazo de cuero, don Vergara llegó hasta el profesor. No miró de él más que sus ojos: larga, profundamente.

- Tá güeno. ¿Y ahora qué? -barbotó el viejo, alzando el mentón.

- Me dijeron que usted es un conocedor de piedras y quisiera saber si esta que le traigo es buena, -dicho lo cual, Yuri presentó el medallón.

El viejo lo cogió con la mano izquierda, sobándolo repetidamente. Luego afirmó: -Tá güeno - y lo devolvió al ruso. Luego giró dispuesto a seguir su camino. Pero en ese momento. Yuri recordó las palabras de Tensing: «Déselo al guardián, si quiere ver el monte Merú.»

- ¡Don Vergara! -gritó.

El viejo se detuvo con fastidio. Entonces el profesor corrió unos pasos y le ofreció el medallón diciendo: -Si es bueno, es para usted.

Don Vergara se mantuvo inmóvil un momento, luego alargó la mano y recogiendo la ofrenda la guardo bajo su poncho. Después comento casi en voz baja: Así es diferente. Venga p'al rancho.

El rancho era un cubículo de tres metros de lado. Las paredes, de lajas superpuestas, dejaban pasar el viento. Un techo de zinc. Un suelo de tierra. El rancho no necesitaba ventanas, pero tenía una puerta de madera que se podía trancar desde dentro y desde fuera para que el viento no la volara. Un cajón de manzanas servía de mesa de luz, ya que el farol y un jarro de aluminio se apoyaban encima. Algunas ropas estaban colgadas de estacas que se introducían en las lajas. Una mesa, dos sillas y el colchón sobre un elástico de alambre, completaban el ajuar.

- Yo salgo p'al Aconcagua mañana. Hay que arrear unas vacas que se han perdido cerca ‘e la laguna de los Horcones. Si quiere venir, tendré una mula preparada pa’usté. Acá el sol aparece ricién a las diez de la mañana y se pone a las cuatro de la tarde. Traiga su comida porque usté no va'comer el charqui ‘e guanaco. Los gringos se enferman si comen charqui.

- No soy gringo, sino ruso aclaró Yuri.

- P'al charqui da lo mesmo -replicó el viejo, mientras se sacaba el poncho. Luego agregó: -Vaya a la hostería, por si le dan alojo.

Yuri quiso saber algo más. Necesitaba que don Vergara hablara.

- Don Vergara -comentó-, yo creo que la población de aquí está loca. ¿Cómo puede ser eso?

El viejo seguía cambiando sus ropas. Luego envolvió su cuello con una bufanda y explicó: -Seis horas de sol, nieve, vientos y nada mas. La gente se acuerda de sus cosas y como no hay nada, se imagina lo demás.

Al profesor le pareció escuchar una explicación de Kárpov sobre la cámara de supresión sensorial. -¡Y no podría ocurrir -insistió recordando al hombre de la agencia Alfa- ¿que hubiera mucha energía en el lugar?

- La energía está en el «mate» -dijo don Vergara señalando su cabeza, al tiempo que sonrió-. Vaya, vaya pa'la hostería -terminó diciendo.

Junio 10

Desde la mañana los hombres cabalgaban sobre sus bestias. Había nevado en la noche. Ahora ellos seguían el camino no ya de tierra, sino de un blanco crepitante que reflejaba el sol con violencia, pero las huellas de los camiones y coches colectivos se habían convertido en lodazales. Yuri bajo sus antiparras ahumadas al torcer el camino. Luego palpó las dos alforjas que se enganchaban tras la montura, en los cuartos traseros de la mula. Las provisiones estaban en orden; también la mochila abultada por su maletín plegado; las ropas, los efectos de viaje, los libros, los cuadernos de notas. El viejo iba adelante contrastando la nieve con su poncho negro. Llevaba, también, dos alforjas sobre su animal.

Eran las cuatro p.m., pero el sol estaba aun alto, porque al salir del hoyo de Punta de Vacas los montes se habían distanciado en un violento cambio de paisaje. Ahora, saliendo del camino hacia la derecha, comenzaban a subir la cuesta, bordeando un río seco cubierto de nieve en el que agujeros y cantos rodados se repetían. El viejo llegó a la cima de la lomada y desapareció del otro lado. Yuri apuro a su mula, pero al llegar arriba una fuerte ráfaga de aire helado golpeo su rostro con violencia. El viento silbó entre las laderas y ante los ojos del ruso se desplegó una enorme alfombra de azul violento. Era la laguna de los Horcones. Arrancando del extremo opuesto, el manto de nieve se alzó cada vez más, más hacia arriba, petrificándose en murallas de hielo gigantescas y filos de roca negra centelleantes. Un monstruo de miles de metros de altura, de kilómetros de longitud, se erguía invicto. Porque los otros montes, como penitentes que arrastraban su condena milenaria, reconocían a la mole tallada en otra escala.

- ¡El techo de Occidente! -murmuro Yuri, enfrentando al Aconcagua.

La mula del viejo comenzó a bordear un peligroso desfiladero de roca. Entonces se detuvo. Don Vergara sacó su bufanda del cuello y sin bajar del animal rodeo con ella su frente y quijada, tapándole los ojos. Luego, apoyándose en la montura, torció el cuerpo para decir: Apúrese, gringo, la jeta ‘e su mula tiene que dar en la cola ‘e la mía.

Yuri no apuró el paso, pero finalmente llegó a la situación que le pidiera don Vergara. Entonces preguntó: -¿Por que le tapa los ojos?

- P’a que no se asuste. Ella sabe andar sin ojos.

Luego soltó las riendas y cruzó los brazos, al tiempo que azuzaba a la bestia. Y esta retomó el paso lentamente. Yuri también soltó las riendas y su animal siguió al del viejo. A la izquierda las alforjas pegaban en la pared de roca. A la derecha, un abismo terminaba sobre la laguna. El viento había arreciado. Cada tanto, se soltaban trozos de roca que iban a desmenuzarse más abajo, contra alguna saliente de piedra dura.

Luego el sendero se ensanchó nuevamente. El viejo quitó la bufanda que enceguecía a la bestia y tomó las riendas. Yuri cogió también las correas. El abismo se alternó con laderas de piedra de acarreo. Más adelante, lajas nuevamente y luego rocas grandes, hasta llegar a un punto en el que don Vergara

y su animal se esfumaron de pronto. Al llegar al lugar, el profesor descubrió una gran abertura por la que su mula penetró sin dificultad. Era una cueva grande, ligeramente iluminada por el atardecer. El viejo había desmontado. Sacó las alforjas, la cincha y la montura de la mula. Después el bozal y las riendas. Yuri lo imitó. Luego salió de la cueva brevemente y comprobó que aún podía ver la delgada senda serpenteando sobre el abismo.

Era muy de noche cuando sorbieron el último mate. También habían intercambiado alimentos. El charqui de guanaco, si bien salado y seco, resultó comestible. Entre unas piedras ahumadas, todavía se conservaban las brasas del fuego que había hecho, gracias a la jarilla y las chilcas que el viejo recogiera en el camino. Sobre una piedra, la lámpara de keroseno daba su luz amarilla a la cueva. Mientras, algunas sombras se movían siguiendo a la llama amenazada por el viento, a través del vidrio roto. Yuri pregunto directamente:

- ¿Es posible entrar en la montaña?

- Ya ve, estamos ‘dentro –respondió el viejo

- Me refiero al Aconcagua -aclaró el profesor

- Depende qué busque usté –explicó don Vergara, mientras hurgaba sus dientes con un pequeño trozo de jarilla. Luego continuó: -La indiada le puso «Aconcagua» al cerro. Eso quiere decir: «centinela de piedra». Pensaban que había un gigante `dentro que vigilaba al mundo, pero se durmió por el frío y quedo congelao. ¡Indios brutos! -exclamó, al tiempo que sacaba un bolsito y papeles de cigarrillo. Distribuyó el tabaco sobre una pequeña hoja y al replegarla en forma de cilindro, pasó la lengua a todo su largo. Acercó una rama con su extremo convertido en brasa. Aspiró y luego lanzó con satisfacción una bocanada de humo. -Imagínese -siguió-, cada vez que tiembla o hay un terremoto, es porque el centinela quiere despertar. Pero eso no será posible, hasta que el amor de una India le caliente su enorme corazón de hielo. Entonces se pondrán en pie y alzándose hasta el cielo, con un arco de estrellas, lanzará sus flechas de luz por el mundo de la noche. ¡Tipos brutos! -afirmó palmoteando una rodilla. La laguna es una lágrima de la India que lloro cuando vio que el centinela estaba congelao. La india fue a buscar ayuda, pero algún día volverá en un carro de fuego y le dirá una poesía convertida en viento. Una poesía que debe enseñarle un hombrecito como uste’, o como yo... Mientras tanto, nadie puede entrar en el Aconcagua, porque un guardián defiende su enorme corazón de hielo.

Yuri estaba conmovido. Sabía que el viejo le estaba explicando el nudo del problema, pero chocaba con la barrera de las palabras. Igual le había pasado con Tensing. Entonces don Vergara se puso en pie. Su sombra se proyectó enorme sobre el fondo de la cueva y una voz milenaria salió de su garganta:

- Tiene que morir, tiene que vivir. Tiene que enseñar eso a otros, porque están enfermos. Ésa es la forma de curar. Debe llegar a todos, porque esa enfermedad quiere que se maten. Es necesario que todos escuchen... Nos veremos nuevamente, pero ya no morirá jamás.

Luego se agachó y extendió sus mantas en el suelo. Se acostó y al poco tiempo dormía. Yuri salió de la cueva y mirando hacia él cielo vio el arco de estrellas de Sagitario. Más allá, la Cruz del Sur pareció bendecirlo. Ante ese cielo abigarrado de enormes luminarias, sintió que nuevamente su corazón se deshielaba y que la humildad hacía posada en él. Un pensamiento cruzó su mente como el rayo: «33° de latitud Sur, 70° de longitud Oeste.» Le pareció escuchar a Grigori decir: «Déjalos que hagan su parte. Para localizar un punto es necesario que se corten dos líneas. Nosotros trazaremos la ordenada y ellos la abscisa, o al revés. Veremos si distintas metodologías pueden acoplarse, como ya hicimos con las etapas de los cohetes espaciales. Déjalos, no son tan idiotas» Y allí sintió que ya había vivido anteriormente ese momento. Entonces se arrojó hacia dentro de la cueva. Tomó su cuaderno y se puso a escribir a la luz de la llama amarilla. Había entendido. Se trataba del lanzamiento de un misil mental, poco antes de que estallara la locura colectiva. Un proyectil que desviara la Historia unos pocos grados, los suficientes como para pasar rozando la catástrofe mundial. Seguramente explotarían crisis en todos los campos, pero el ser humano habría escapado a la locura, retomando las riendas de su destino ascendente. Ellos sabían el futuro por anticipado, pero no era suficiente para provocar el desvió. Estaba claro, necesitaban modificar el punto de vista de las grandes potencias y disponer del aparato para hacer un lanzamiento en gran escala. Los procedimientos seguían a oscuras. Tal vez influirían mentalmente en los cerebros que tenían poder de decisión...

Yuri trazó una raya y cerró el cuaderno. Buscó luego en su mochila y extrajo un bloc de hojas en blanco. En ellas desarrollo ordenadamente todas sus experiencias, explicando al final las reales pretensiones de la Doctrina. Al amanecer, terminó el escrito. En la primera pagina, tituló: «Informe Tókarev. Aconcagua. Junio 10, 1979.»

Junio 11

Un estruendo, que el eco repitió varias veces, sobresaltó a Yuri. Luego otro. Eran disparos. Miro a su alrededor: la luz del día iluminaba la cueva plenamente. Descubrió que el viejo había desaparecido con su animal; la otra mula se mantenía silenciosa y estática a pocos metros de él. Corrió el cierre metálico de su saco de dormir y salió de él vestido, llegando apresuradamente a la boca de la cueva. Serpenteando por el camino, venia una fila de hombres. Estaban a menos de cien metros.

-¡¡¡Tókarev!!! -gritó alguien y la voz fue repetida por el eco-. ¡Profesor Tókarev...! Somos Adams, de Estados Unidos y Wilson, de Inglaterra.

-Finalmente lo hemos alcanzado -gritó alguien en inglés, mientras la voz se repetía.

Yuri alcanzó a divisar al Belisario, en el momento en que hacia fuego aparentemente en dirección a la cueva. Los otros hombres, media docena de gendarmes, exhibían sus armas. Comprendiendo que los extranjeros habían arrastrado a los uniformados y viendo al Belisario entre ellos acercarse disparando con su carabina, Yuri decidió escapar. Rápidamente calzó sus borceguíes y tomando el informe montó a pelo sobre la mula, abandonando el resto de sus pertenencias. Salió de la cueva, apurando al animal. Luego comenzó a avanzar en dirección opuesta a la patrulla. Ya sus perseguidores estaban muy cerca. Entonces, la senda se interrumpió abruptamente. Y cuando la mula, asustada, se alzó sobre las patas traseras, Yuri fue arrojado con violencia al vacío. Las hojas del informe remolinearon en el viento al tiempo que el cuerpo cayó hacia el abismo pegando contra una saliente; después reboto en otra y se aplastó de lleno en un manchón de piedras de acarreo. Luego siguió desplazándose lenta, suavemente, hasta detenerse en la nieve.

Paso media hora antes de que la patrulla pudiera descender hasta Yuri. Mientras los gendarmes improvisaban una camilla de campaña con algunas mantas y dos fusiles, el americano se inclinó sobre él: -Profesor Tókarev -dijo Adams con voz suave, casi como un lamento-. Como hizo eso... Teníamos todo casi resuelto -aferró su mano y agregó-: ¡Que pensó usted, que pensó!

-El... informe -alcanzo a decir Yuri-, allí está... todo. El... -y calló.

Su cuerpo destrozado estaba extendido de espaldas en la nieve. Pero en su rostro casi intacto se percibió una sonrisa. Luego todo quedó en silencio. Sus grandes ojos azules se hicieron profundos y estáticos, mientras el viento seguía dispersando el informe en todas las direcciones. Yuri creyó reconocer a Igor que, arrojando las hojas al aire, exclamaba: «¡Oh Siva, que hermosa es la nieve de Moscú!» Luego la brisa helada besó su rostro. Entonces el Aconcagua comenzó a moverse. Enormes bloques de hielo caían uno tras otro mientras la nieve se fundía. El monte crecía y crecía cada vez mas alto y a medida que se elevaba se hacía transparente. Las rocas temblaban apartándose ante las paredes de cristal que se erguían en un tronar de cataclismo. Allí, inconmensurable, estaba el monte Merú finalmente en pie, con su cima fugando hacia el infinito; uniendo la tierra con el cielo. Y en las aristas cristalinas de la gigantesca pirámide destellaron los colores del arco iris mientras una lluvia dorada revoloteó sobre las nieves eternas...

-Esta muerto -dijo Wilson. Luego cerró los párpados de Yuri.

Primero el túnel oscuro. Luego la luz, allá en el fondo. Por último, un suave bramido. Una voz dio la fecha: año, mes, día, minuto, segundo. Empezó a avanzar por el túnel hacia la luz. Despacio, luego a mayor velocidad, luego vertiginosamente, mientras la voz hacia pasar los años, los meses, los días. Y fue lanzado hacia el futuro, hacia el mismo centro del monte Merú. Cruzo sus enormes murallas de cristal y llego de pronto al corazón de hielo. Yuri V. Tókarev, nacido en Novgorod del 7 de julio de 1940 y muerto en el Aconcagua el 11 de junio de 1979, estaba ante la Luz.

«¿De donde vienes?», pareció preguntar la Luz. El toro negro cayendo bajo un golpe de maza en el matadero; las mujeres arrojándose sobre Igor en el ashram; el indio con su pequeño hermano, pidiendo unas rupias para el sacrificio; el mismo Igor recibiendo partes de télex, aparecieron como imágenes que poblaron el aire. «¿Qué quieres ahora?», destelló la Luz. La milenaria voz del viejo Vergara dio la respuesta: «Quien muere antes de morir, no morirá jamás.» Luego la Luz introdujo una breve enseñanza: «Reconcíliate con tu pasado.» Todo se oscureció. La vida de Yuri, desde su nacimiento, fue pasando proyectada como un filme en el aire. Sentía pensamientos que llegaban hasta él y vivía esos pensamientos. Sentía emociones que llegaban hasta él y vivía esas emociones. Y comenzó a perdonar en si mismo todas sus frustraciones, todos sus rencores, todo su pasado. Entonces su corazón quedo puro y abierto al percibir nuevamente la Luz: «Tu pasado te es perdonado. Despierta y sal fuera de este mundo.» Yuri sintió que era empujado hacia atrás. Luego un suave bramido. Una voz dio la fecha: año, mes, minuto, segundo y empezó a retroceder por el túnel alejándose de la Luz. Despacio, luego a mayor velocidad, luego vertiginosamente, mientras la voz hacia retroceder los años, los meses, los días... Y fue lanzado hacia el pasado, desde el centro del monte Merú, desde su corazón de hielo. «Despierta y sal fuera de este mundo... despierta... despierta...»

Mayo 12 - 1979

- Despierta, Yuri -dijo claramente Irina, mientras su cálido cuerpo se extendió sobre él. Movió la cabeza del hombre delicadamente: primero hacia un lado, luego hacia otro. Entonces, cuando los ojos de Yuri se abrieron , Irina le sonrió. Lo besó largamente y abandonó la cama.

«...Pero no será posible hasta que el amor de una india le caliente su enorme corazón de hielo», recordó el profesor. Había soñado con un viejo en un remoto lugar a 33° latitud Sur, 70° longitud Oeste desde el meridiano de Greenwich. Había soñado con seres que no existían: Vergara, Tensing, Igor. Se incorporó y vio la luz primaveral de Moscú entrar por la ventana del cuarto.

- Irina -preguntó-, ¿que día es hoy?

- Doce de mayo, sábado -respondió ella, desde la planta baja.

Llamaron a la puerta. Luego se escucharon unas risas y un hombre charló animadamente con Irina. Después ella gritó:

- Yuri, te espera Grigori. Baja, les he dejado el desayuno. Vuelvo en una hora.

Cuando los dos hombres se encontraron en la salita, Grigori tomaba té con manifiesta satisfacción. El profesor lo saludó con una silenciosa inclinación y fue a sentarse a su lado.

-Y bien, saldrás de aquí e irás a esta dirección -dijo el anciano mientras extendía una tarjeta escrita-. En dos horas te encontraré allí. Dos horas justas, Yuri. No puede haber impuntualidades. Se trata de una reunión en dependencias del Ministerio de Defensa.

El profesor sintió corno si un puñetazo le hubiese dado en el rostro. -¿Qué esta pasando? -preguntó vacilantemente.

- Eh, muchacho... ¿A qué viene esa cara de susto? -observó Grigori mientras reía-. Hemos formado un comité y necesitamos tu activa participación.

- Se trata del artículo que escribí en la revista, ¿no es así, Grigori?

- En parte, solo en parte -replicó el anciano, clavando sus ojos en los del profesor.

Habían quedado en silencio. Yuri dejo su asiento. Caminó unos pasos y se detuvo frente a la ventana mirando la acera. Luego inquirió:

- Grigori, ¿cómo es que no encontraron nada en la expedición al monte Ararat?

- Oh, muchacho, yo encontré posado en su cumbre a un cohete de otra época... Era el antiguo vehículo recordado como «Arca de Noé». Un profesor de religiones comparadas debería saber que allí

quedo. Descendió luego del Diluvio Universal. Gracias a la cordura de un hombre a quien le revelaron el futuro, todo pudo comenzar de nuevo.

- ¿Y cómo es que nadie más lo vio? -dijo Yuri sin apartar la vista de la ventana.

- El arca es mental -afirmo el anciano.

Y mientras la frase iba resonando como un eco en sus oídos, Yuri fue descubriendo quien era realmente Grigori. Entonces volvió cerca de aquel, que seguía con su té placidamente.

- Maestro -dijo el profesor-, el lanzamiento será en la década de los ochenta, ¿no es así?

Así es, muchacho. Pero nadie podrá ayudarnos a menos que logremos cambiar algunas cosas en la mente de los hombres.

- Maestro, en mi sueño terminaba huyendo y por eso caía a un precipicio. No tenía tiempo de pasar un informe a otros y ellos no podían hacer nada.

- Ya ves-dijo Grigori-. Si hubieras curado tu tendencia paranoide, eso no tendría por que haber ocurrido. Tu naciste en plena guerra. Eras muy niño cuando las balas silbaban alrededor. Pero si ya has cambiado eso en tí y si conoces el futuro, podrás provocar una modificación en el esquema general de los acontecimientos.

El anciano se había puesto en pie y ahora, frente a Yuri, declaró: -Estamos atrayendo hacia un punto a unas pocas personas. Luego las colocaremos dentro de nuestra arca, proyectándolas al futuro. Entonces verán la explosión antes de tiempo. Al regresar, comprenderán que pueden cambiar ciertas tendencias y comenzarán a trabajar juntas...

Yuri escuchaba al guardián de la montaña, mientras le parecía reconocer cada una de sus palabras.

-...¿Sabes, muchacho? -concluyó el anciano- ya otras veces en la Historia, hemos provocado un pequeño desvió. Pequeño, pero suficiente para evitar la catástrofe.

CONTENIDO

PROLOGO....3
Diciembre 19 - 1978....7
Diciembre 20 - 1978....8
Mayo 12 - 1979....8
Mayo 15....10
Mayo 20....11
Mayo 22....13
Mayo 23....13
Mayo 24....13
Mayo 25....13
Mayo 26....18
Mayo 28....19
Mayo 29....20
Mayo 30....24
Junio 2....27
Junio 3....28
Junio 4....28
Junio 5....31
Junio 6....32
Junio 7....33
Junio 8....34
Junio 9....37
Junio 10....40
Junio 11....42
Mayo 12 - 1979....43